

CASI TAN MUERTOS COMO YO



Jorge Oscar Rossi

Liter Área Fantástica

Edición 2021

CASI TAN MUERTOS COMO YO

Jorge Oscar Rossi

(c) Jorge Oscar Rossi, 2000, © de esta edición, Jorge Oscar Rossi, febrero 2021
Ediciones Liter Área Fantástica

Sitio Web: www.literareafantastica.com.ar

E-mail: jorgeoscar.rossi@gmail.com

Ilustración de tapa: © Abel Ballester , sobre el cuento “La mejor ofrenda”; © José Beltramo, sobre el cuento “Paseo Nocturno” © Eduardo Poggi, “Desnudo V”, que inspiró el cuento “Mi muerte es Azul”. Las dimensiones originales y los colores de las ilustraciones fueron modificadas para su inclusión en la tapa.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo del editor.

CASI TAN MUERTOS COMO YO

1

Hacía bastante tiempo que me hallaba parado frente al Templo, sin hacer otra cosa más que observarlo. Por supuesto, veía que se trataba de una construcción magnífica, completamente realizada con bloques de piedra pulida gris y adornada con toda la gracia y el ingenio de nuestros artesanos. También sabía que era un lugar de gran antigüedad, venerado por todos los nuestros.

Sin embargo, todo esto me resultaba absolutamente indiferente, al punto que ni siquiera me sorprendía por mi desinterés. Todos los que me querían, que eran todos, me contaban sobre la Unicidad, la Religión Arquetípica, los Sublimes Círculos Sagrados y otras cosas que nada me decían. Tan solo eran palabras bien sonantes que hablaban de cuestiones apenas comprensibles. Sin duda podría, si fuera realmente necesario, repetir de memoria una lista interminable de frases relacionadas con esas y otras palabras pero ninguna me causaba la menor impresión, ninguna despertaba el menor eco en mi alma, nada tenía el menor sentido para mi mente y para mi corazón.

Ese era mi mal y mi grandísimo dolor. Aquellos que me amaban, y todos me amaban, me hablaban de la época en la que yo había vivido en la Unicidad, junto a ellos. Me

decían que la enfermedad me había quitado las vivencias y entonces, por eso, ahora yo solo recordaba palabras, como si otro hubiera vivido mi vida y a mí me quedara como una reminiscencia, apenas un vago recuerdo en tercera persona de lo que le había pasado a otro.

Solo que ese otro, suena confuso, lo sé; ese Otro era Yo.

Pero todas estas bienintencionadas explicaciones que eran casi un consuelo no me bastaban.

Ahí está parado frente al Templo y lo único que entonces sabía era que, después de despertar de ese largo sueño que me dicen que fue mi enfermedad, solo existía en mi vida un único sentimiento, una única vivencia, un exclusivo dolor que fuera realmente MIO:

Estaba solo.

2

Hace calor.

Camino por el medio de la asquerosa calle principal de este poblado namuk y me siento cada vez peor. Algo parece golpear por dentro a mi cuerpo vacío. Algo pesado y horrible rebota por mi cabeza y por mis entrañas.

Los servidores se corren a uno u otro lado para dejar el paso libre a mi solitaria pero temible presencia. Cumplen su papel en el Todo con el debido y respetuoso terror. Saben lo que les pasaría si nada más me llegaran a rozar con sus deformes cuerpos. Conocen el dolor. Sus ojos de plata aúllan anticipadas suplicas de perdón. Son hijos de la Nada y ya aprendieron a odiar a la Madre.

Nosotros les enseñamos. Con dolor.

Miro mis botas. Son negras como toda mi ropa, pero están sucias por el polvo. La suciedad me molesta. La suciedad es buena para los namuks, pero no para nosotros. Nada es bueno para nosotros. Nosotros somos Buenos. Así es y será. Somos el Todo con el Todo. Somos el Fin.

“Soy El Hijo
Del Dulce Fuego.
Soy Amo y
Soy Dios.”

Estoy mareado.

La Madre brilla sobre mi cabeza y parece que sus rayos quisieran aplastarme, a mí, que soy su hijo amado. ¿Es que ahora soy un extraño?. ¿Soy un enemigo acaso?.

Basta.

Soy un Amo y la debilidad no me es permitida.

¿O es que trato de no ver en mi herida?

La Madre me golpea cada vez más fuerte con su calor.

Caigo de rodillas.

Si estos namuks que me miran con terror supieran lo que me pasa, ¿me matarían?

Lo dudo. El castigo por esa blasfemia sería ejemplar.

Ojalá se atrevieran.

Creo que vine hasta aquí para eso.

Me levanto con esfuerzo y trato de mirar a La Madre, pero mis ojos no lo soportan.

Siento vergüenza. Solo nosotros podemos mirar a La Madre, pero ahora yo...

Sin el Todo, ¿un Yanni es realmente un Yanni?

Me humilla el solo pensar que los míos puedan darse cuenta que tengo... eso.

El agua que se escapa de mis ojos cerrados es como fuego. La Madre es dadora de vida, pero no tiene piedad con los débiles.

Hace siete mil trescientos treinta años fue el último caso.

Lo llamaron “EL POBRE YANNI”.

3

Solo cuando le pude dar una buena patada en los testículos logré arrancarle un alarido. Acto seguido, el negro, mientras se retorció de dolor, se agarró ahí abajo, donde jamás osó llevar de visita un pedazo de jabón. Su horrenda cara, decorada por cicatrices y tatuajes varios, tenía una expresión aún más asquerosa de lo normal, aunque parezca imposible.

Aprovechando que quedó arrodillado, tomé impulso y lo golpeé con el taco de mi botín justo entre los hundidos ojos. El hueso crujió y ahí nomás lo deje todo despatarrado al adorable hijo de puta.

No tuve tiempo de felicitarme, ni de descansar, ni de masturbarme un poquito siquiera, ni de deleitarme con la música que atronaba el lugar, porque casi inmediatamente algo me pegó en la espalda, un chiquitazo abajo del cuello, y me derrumbó.

Instintivamente, rodé por el suelo para ubicar a mi nuevo compañerito. Era una bestia enorme, maloliente a un kilómetro de distancia, con más casi dos metros de altura, donde se desparramaba un montón de kilos de carne grasosa, alimentada con deshechos de la peor calidad que se puedan comprar en esta bendita tierra. El tipo tenía una fenomenal cadena en la mano derecha y su expresión denotaba disgusto.

Sin duda su intención no fue golpearme de esa manera. Su idea fue desnucarme.

En menos tiempo del que necesito para contar todo esto, el cerdo inmundo levantó la cadena y se dispuso a servírmela de lleno en mi linda carita. Eso hizo que me despabilara del todo. Rodé a mi izquierda y el cadenazo partió el suelo. Por fin pude levantarme. El mono grasiento me miraba entre furioso y sorprendido.

Tal vez ustedes piensen que ahora yo planeaba atacarlo, trabarme en lucha cuerpo a cuerpo con ese animal y, por supuesto, vencerlo.

No señor.

Si hay algo que tengo de bueno, es que sé cuando alguien es más fuerte que yo.

Por lo tanto, y como tributo merecido a su superioridad abrumadora, saqué mi viejo cuchillo de su oculta funda y se lo tiré, todo en un solo movimiento y por el mismo precio. El fierro se clavó un milímetro o dos más arriba de la nuez de Adán de mi

amiguito, quien, acto seguido, se bamboleó, amenazó con caerse de culo y finalmente se planchó de cara al piso con el resultado de que mi metal se enterró unos cuantos centímetros más en su vomitiva garganta.

Me apresuré a sacárselo, primero, porque es un recuerdo muy querido y, segundo, porque dos individuos de muy desagradable aspecto trotaban a mi encuentro. Uno, a mi derecha, venía blandiendo un bonito sable. Otro, que avanzaba desde el lado opuesto, llevaba adornadas sus poco delicadas extremidades superiores con sendas manoplas.

No había tiempo que perder, así que mi herramienta volvió a volar y esta vez su azaroso camino la llevó a introducirse en el animalesco ojo derecho del muchacho del sable. El muy sensible, al parecer se disgustó por la entrada de semejante basurita en ese lugar. Digo esto porque el chico se quedó paralizado y después se vino abajo como un muñeco inflable al que le quitaron el tapón.

El otro orangután se detuvo en su carrera, me miró fijamente, llegó a la conclusión de que yo había quedado desarmado y entonces se dispuso, lleno de entusiasmo cuasi adolescente, a iniciar el show de la manopla.

Para comenzar, me tiró un derechazo destinado a romperme nariz, labios, dientes, encías, maxilares y cualquier otra cosa que los anatomistas digan que hay por esa zona. De puro perverso que soy no le dejé sacarse el gusto, porque tuve la poco original idea de esquivar el golpe. Intentó entonces con la izquierda y el resultado fue el mismo.

Eso no le gustó. Yo no estaba cumpliendo con mi deber, que era quedarme quietito para que él me pudiera matar adecuadamente. Así que la mala bestia agachó su rapada cabeza y se lanzó hacia mí como un toro.

Contra esto hay una técnica infalible, si uno puede mantener la presencia de ánimo. Consiste en aguantar a pie firme y descargarle un hachazo con el filo de la mano a esa cabeza que viene hacia uno. Por supuesto, esto se puede hacer si el que carga es tan animal como mi rival, cuya poco iluminada sesera no halló mejor modo de atacarme que retroceder varios metros para tomar impulso y venir corriendo alegremente agachado.

Le faltaba rebuznar, al imbécil.

Nomás recibir la caricia prodigada, al innoble bruto se le aflojaron las piernas. Lo dejé caer y me apliqué a darle un poco de quiropraxia a fin de aliviarle el dolor de piojera.

Apenas le rompí el cuello, noté que al paciente se le aflojaban tendones y nudos. De tan relajado hasta sé pishó encima. Cortésmente lo deje descansar y me fui a rescatar el cuchillo.

Una vez que lo hice, miré a mí alrededor. Todavía quedaban unos veinte hombres y mujeres peleando y otros tanto estaban tirados por ahí, heridos o muertos.

Una encantadora lesb de la Banda de las Sincalzones me desafió con la miraba y la lengua. Esas tipas son algo serio. Si uno quiere disfrutar de una castración dolorosa, no tiene más que pedirles turno y le hacen el trabajo gratis y con certificado de garantía.

La perra llevaba botas de cuero altas hasta la rodilla y con tacones puntiagudos de acero, como gustan calzar estas desgraciadas. Una camperita de cuero sin nada debajo mostraba un físico digno de tropas de asalto. Por cierto, también llevaba una tanga rojo fluorescente. Lo que más me preocupaba de su atuendo era el hacha.

Me dispuse a revolverle el cuchillo, como venía haciendo en toda esa jornada, cuando la muy chancha, se arrancó la tanga de un manotazo, se la refregó por la chucha y luego de largarle un escupitajo me la tiró a la cara. Ahí entendí él porque del nombre de la banda.

No intente esquivar el presente sino que lo atrapé con los dientes y me las arregle para sonreírle al mismo tiempo. La niña se enojó, entonces. Dejó el arma en el suelo y me hizo gestos de que quería combate a mano limpia.

Era un momento y una situación excelente para acuchillarla y pasar a otra cosa y eso tendría que haber hecho sino fuera que soy un tonto romántico y aventurero. Nunca me había aporreado con una descalzonada y encontré excitante la ocasión.

Cuando la lesb estaba a punto de romperme el espinazo con su rodilla, empecé a lamentar la situación.

Comencé a lloriquear y pedí piedad. Ver a un macho derrotado es el sumun para estas perras, así que la chica se aflojó toda, estremecida de placer. Aproveché la oportunidad para sacármela de encima, tirarla al piso y fracturarle la mandíbula de una patada. La lengua le quedó afuera, medio clavada entre los dientes rotos.

Era un buen momento para irse.

Como todos los chicos parecían ocupados haciéndose pedazos, me fui sin saludar.

Abrí la puerta que separa el Salón de Lucha del bar, caminé hasta la barra y una vez ahí le pedí un alcohol al viejo Pepe.

Pepe era realmente viejo para ser un pobretón. Tiene como cincuenta años. Es flaco, huesudo, le faltan tres dientes y practica budismo zen sadomasoquista en sus pocos ratos libres.

- ¿Y, que tal la Joda ahí atrás?- me preguntó. Pepe era un notable maestro en el milenario arte de hacer preguntas idiotas.

- Mas o menos. Tenés que decirle al dueño de esta mugre que no permita que entre cualquiera al Salón porque sino, no se puede jugar.-

- ¿Qué pasa, no saben pelear?-

- Poco, viejo, poco. Si esto sigue así me parece que no vengo más-

Pepe no me contestó. Los tipos como él, que se pasan la vida detrás de un mostrador, escuchan demasiadas cosas como para andar contestándolas a todas. Después de todo, era como la trigésima vez que le decía lo mismo y siempre terminaba volviendo. Es que hay lugares que tienen cierta belleza que esta más allá de las primeras impresiones. El Bar Maloco es uno de ellos. Son sitios cuyo encanto es solo para esos pocos cientos de millones de seres como yo. Gente común, en pocas palabras.

No me quedó otra cosa que tragarme el alcohol, creo que esa vez tenía gusto a chocolate e irme apurado a casa porque sino, ¿quién me levantaba mañana para ir a la oficina?

4

Había mucha animación en el Templo.

Algunos cantaban en solitario. Otros unían sus voces en coros simples y complejos.

Otros luchaban ritualmente con movimientos precisos y elegantes, dejando fluir su agresión y luego conteniéndola, moldeándola y acunándola armoniosamente. Más allá, algunos oficiaban el Amor Sexual en una exquisita ronda de múltiple y recíproca penetración.

“La Unicidad se alcanza de infinitas formas”, recordé.

En ese entonces no lo entendía. Ahí estaba, parado en medio del gran cuadrado central del Templo, el más Sagrado de los lugares Sagrados donde nosotros solemos ir a Adorar Símbolos, rodeados de aquellos que llamaba “mis hermanos” y sintiéndome un completo extranjero. Porque nada, nada de lo que estaba ante mis ojos me producía el menor afecto, como si yo fuese un ser de otra especie, como si estuviera aislado de todo.

Me decían que ya estaba curado.

Por supuesto, después de un largo tiempo de estar tendido en un lecho, completamente inconsciente, por ese entonces podía caminar, sabía quien era, donde estaba, que me había pasado y como fue mi vida hasta caer enfermo. Pero todos los recuerdos eran impersonales, eran recuerdos de otro, eran cosas que le habían pasado a un extraño, como si me las hubieran contado en algún lado. Ese extraño, no yo, había sido igual a todos los que me rodeaban allí en el Templo. Ese extraño, no yo, había compartido la Unicidad con mis hermanos, con mis amigos, con mi familia, o tal vez debería decir, con “sus” hermanos, con “sus” amigos, con “su” familia.

Nada de eso era lo peor, sin embargo. No, lo peor eran esas imágenes que, a veces me atacaban. Imágenes que veía y sentía con todo mi Ser y que hablaban de bienestar y de felicidad y de paz y de protección y de amor. Esas imágenes provocaban mi terrible dolor, porque ellas evocaban algo que ya no tenía, algo que parecía perdido para mí. Me mortificaba en la angustia de haber perdido algo que no recordaba haber tenido.

Sin esas imágenes tal vez yo habría podido seguir viviendo mi solitaria vida en medio de todos esos extraños.

5

Seamos crueles. Seamos impiadosos. Seamos implacables. Pero no seamos débiles.

Hasta ahora conseguí ocultar la situación alegando deseos de estar solo y vagando por los pueblos namuks.

Llevo tres días completos sin Contacto y no hay ninguna cura para lo que me pasa.

Soy un Amo y tengo deberes para con los míos.

La Madre me envuelve con su luz roja y los servidores agachan la cabeza y hacen como que no notan mi debilidad. Ahora toda mi ropa está sucia y yo me siento sucio y cansado. Devastaría el lugar con doradas ondas de purificación, pero no puedo. No puedo hacer más que frotarme las manos y también yo estoy tentado en agachar la cabeza y hundirme en el profundo pozo de mi plateada desesperación.

Hay dos salidas posibles para mi situación, según dicen desde siempre. Una es vivir como un rechazado entre los namuks u otras bestias de la Nada. Otra es ser bendecido con la llegada de la muerte.

La Madre parece querer incendiar con su eterno fuego las chozas namuks. Camino lentamente hacia una de ellas y cuando llego, me refugio a su sombra y me avergüenzo por ello. A esto he llegado, a tener que ocultarme en un lugar inmundo porque no puedo soportar el calor y la luz y la fuerza de la Dadora de Vida.

No puedo ni pensar en vivir con namuks u otras especies informes. Un Amo los manda, los usa o los mata, pero no habita con ellos.

Siguiendo con vida, solo me queda refugiarme en lugares despoblados, lejos de todos, comiendo lo que obtenga, como cualquier animal impuro lo haría.

¿Puede alguien, viviendo de esa indigna manera, llamarse Yanni?

¿Puede llamarse Yanni alguien que no goce del Contacto con el Todo?

La Madre se oculta de mi vista, tal vez porque el día acaba, tal vez porque siente vergüenza del peor de sus Hijos, tal vez por las dos cosas. La Nada va apareciendo y, para mi espanto, me siento un poco mejor bajo su plateado frescor.

Ya no soy un Yanni. Soy libre, pues, para matarme.

6

Al otro día, de vuelta arriba viejo, a trabajar, me cago en mí, (¿en quién sino?).

El vibracam de mi cama está conectado a las cinco P.M. Las sacudidas que da tienen por común efecto el de sacarme de mi sopor matutino y, a veces, tirarme al suelo; cosa que no ocurrió ese día. Antes que mis huesos se separaran definitivamente, decidí levantarme.

Masajeándome el dolorido cuerpo, fui al baño y comprobé que hoy tampoco me podía bañar. Filtré un poco del amarronado líquido que salía por la canilla de la cocina y me lavé la cara.

Otro día glorioso.

Con escaso entusiasmo, tragué la habitual porquería matinal que, los días en que me encuentro bajo la inspiración poética más sublime, titulo con el ostentoso nombre de “desayuno”. Esa vez me mortifiqué con pasta de huevo con salsa de chile malacompañada por café descafeinado y leche deslacteada endulzados con una pizca de polvo del diablo para darme ánimo.

Luego del festín, llegó el momento de salir a la sucia calle. Me asomé por la ventana de mi departamento.

La Avenida Gatti estaba como siempre, al menos así parecía a través de la hotniebla que flotaba a la altura de mi casa. Desde el decimoquinto piso es poco lo que puede verse, de todos modos.

Igual, tuve que cerrar la ventana a los pocos segundos a causa de la hotniebla. Me dio la impresión de ser un día bastante templado, treinta y cinco a treinta y ocho grados, máximo. Probablemente sería de día hasta las 11 P.M. De cualquier manera, no pensaba pagar por consultar esa pavada en la computa.

Como no soy ningún millonario, bajé en el ascensor hasta el quinto piso y desde allí seguí por la escalera. El tubo más cercano a mi casa me queda a cinco cuadras así que me largué a correr y llegué sin incidentes. Me llamarán amarrete porque vivo en la ciudad autónoma de la Boca y no uso servicios protegidos, pero yo pienso que hay que ahorrar. El ahorro es la base de la fortuna, dicen que dijo el Presidente Temporal el otro día, cuando le preguntaron si estaba sustrayendo fondos públicos.

Trasladarme en tubo, sobre y bajo tierra, en la dulce compañía de la habitual turba de locos de mi misma calaña, desfilando por los ya muy conocidos pero no menos repugnantes lugares de siempre, hasta dar mi pobre cuerpo con la entrada de la Oficina, me produjo la familiar sensación de estar todavía estaba vivo, para mi exclusiva y muy íntima desgracia.

La gente con la que me apelonaba en el tubo, queridos hermanos, trabaja, o hace algo parecido, por lo menos.

En mi caso, pierdo la vida dedicándola a la enseñanza, que eso y no otra cosa es lo que hago todos los lindos días en la Oficina.

Si señor, era un docente yo, (¿qué se piensan?). Enseñaba a cientos de miles de buenos adolescentes que algún día serían cientos de miles de buenos ciudadanos, tan buenos como yo. Aunque, quizás no tanto, porque yo era excepcionalmente bueno. Si no, no sería profesor.

Lo bueno de esta época, es que uno no necesita conocer a sus alumnos para enseñar. Incluso, uno no necesita tener alumnos.

Desde la Oficina, yo, junto a muchos otros imbéciles como yo, enseñaba a todos mis alumnos, quienes, supongo, se encontraban o se encontrarían en algún momento en sus hogares. Por mi parte, nunca supe cuantos eran ni donde estaban.

Es más, solo el hecho de que a veces me pagaran un sueldo me hacía presumir que debía tener alumnos.

Ellos, siempre suponiendo que en verdad existieran, tampoco me conocían.

Mi tarea se limitaba a programar una computa. Luego ella se encargaba de transmitir la “enseñanza”, directamente a las casas de los “alumnos”. Después la computa corregía y evaluaba el aprendizaje de todos ellos, siguiendo instrucciones especiales que le fueran

impartidas por mí. Por lo menos, eso es lo que me dijeron el día en que entre a trabajar en ese antro.

Estoy completamente convencido de que mi puesto era superfluo. No hay ninguna razón técnica que impida que las computas puedan realizar toda la tarea por sí solas.

Creo que mi trabajo y el de muchos otros solo es mantenido por el Gobierno debido a que la mayoría de los miembros de esta encantadora sociedad tenemos mucho miedo. No sé bien a qué, pero tener un miedo vago e indefinido es suficiente motivo como para ser prudente.

Por lo menos para mí, que soy muy miedoso.

El tipo que estaba en la computa de al lado de la mía me era desconocido. Era gordo, blanco, pelado y le faltaba un ojo. Debía ser un suplente. Suplente del suplente que estaba ayer, que era un negro flaco que tenía los dos ojos y solo le faltaba una mano. Ese tal vez tuvo algún contratiempo en un Salón de Lucha o algo por el estilo.

Aquí son casi todos suplentes de alguien.

Yo era uno de los pocos efectivos que venía regularmente al trabajo, aunque cualquiera de las bestias con las que jugara el día anterior tuvo una buena oportunidad de hacerme tomar una licencia. Tal vez siempre fui una persona de suerte, no lo sé, pero solía salir casi siempre bien parado en los entretenimientos.

“El espíritu de supervivencia es esencial para el futuro de nuestra raza y debemos fomentar su desarrollo”, dicen que dijo el Presidente Temporal el otro día, luego de salir indemne del último atentado.

Sin embargo, no creo que se deba abusar de la cosa, llámese suerte o espíritu de supervivencia.

Esto me hizo pensar que me vendría de maravillas un urgente cambio de entretenimiento.

Como una Orgía, por ejemplo.

La idea de revolcarme con viciosas negras y blancas y amarillas y rojas y azules en medio de una brillante nube de softdroga era lo suficientemente tentadora como para producirme intensos deseos masturbatorios, así que tuve que realizar un colosal

esfuerzo para concentrarme en el trabajo. Después de todo, era un docente y alguna gente pensaba que mi tarea era importante para este mundo.

Ese día me tocaba enseñar la cuestión referida a las relaciones entre entes políticos soberanos. Suelo ejemplificar el tema con el caso de las Guerras MacDonalianas por dos razones. Primero porque es un magnífico ejemplo, por tratarse de una de las primeras Corporaciones a la que se le reconoció el derecho soberano de tener ejército propio. Segundo, porque es el único caso que recuerdo más o menos bien.

Así que, ahí estaba, ni más ni menos que yo, Aristóteles Calígula Klops, Profesor de Educación Cívica y Comportamiento Urbano.

7

Recuerdo que el Anciano me habló durante mucho tiempo, tratando de confortarme. Lo logró. Los Ancianos siempre lo consiguen.

Pero yo pedía más.

Quería la solución a mi problema. Quería dejar de sufrir, dejar de estar solo.

El Anciano me miraba y parecía intentar penetrarme con sus ojos. Era un venerable Numslulamil muy viejo, pequeño y delgado. Su piel estaba tan arrugada que casi no se le distinguían los tatuajes del cuello. Estabamos sentados en el blando suelo del Jardín de la Vida, allí atrás de la Escuela de Religión.

Hacía bastante calor, así que nos cobijamos bajo la fresca sombra de las hojas de un Gomiko alto y mucho más viejo aún que el Anciano. Permanecimos en silencio un largo rato hasta que, finalmente, el Venerable me honró diciéndome estas mismas palabras:

- “Perder la relación con lo Uno y morir son dos aspectos de lo mismo. ¿Por qué? Porque quien Muere pierde su relación con lo Exterior y quien queda fuera de la Unicidad pierde su relación con lo Interior. Interior y Exterior son dos formas de llamar a la misma Creatura como tú ya sabes...”-

- Disculpa Venerable- lo interrumpí- Saber y sentir son dos cosas muy diferentes. Por supuesto que sé lo que me dices, pero yo no SIENTO que el Interior y el Exterior sean lo mismo. Yo NO SIENTO eso que llamas “lo Interior”. No SIENTO, ese es mi problema. NO SIENTO NADA, yo...-

- Te entiendo- me contuvo el Anciano- Claro que te entiendo. Lo que quiero decirte es que al haber perdido tu vínculo con la Unicidad estás muerto por dentro. Por lo tanto, tu vida por Fuera, tu vida exterior, ya no tiene sentido. Si mueres por fuera, no pierdes nada, porque en realidad ya no tienes nada. Más todavía, hijo. Si mueres físicamente entonces volverás a la Matriz Arquetípica, es decir, a la Unicidad. Así que, si quieres matarte, puedes hacerlo sin temor y Yo como Numslulamil te dispense de todo pesar...Pero si quieres vivir...-

- Quiero vivir- le dije, sin saber muy bien por qué.

El venerable no pudo evitar una sonrisa ante mi torpe urgencia.

- Si quieres vivir, - continuó- entonces debes resucitar por dentro y, para eso, necesitarás ayuda. -

- ¿Ayuda?, ¿De quién? -

- De otros, tan muertos como tú. -

8

La plateada oscuridad cubre el poblado namuk. Los servidores se acurrucaron en sus chozas y aúllan sus lastimeros cantos.

Estoy solo.

Casi tengo ganas de aullar.

Haber perdido el Contacto me libera, para mi pena, del compromiso sagrado y me permite buscar la muerte, en lugar de esperarla.

Pero debe ser una muerte que me envuelva en Gloria por toda la Vida de la Madre.

Debe ser una muerte heroica.

Debe ser una muerte que permanezca en la memoria Yanni como LA MUERTE.

Debe ser una muerte que quede como el mejor ejemplo del más maravilloso final al que puede aspirar un Yanni.

“Ahora puedo sentir el venenoso perfume

De la Nada flotando en el aire.

Ahora puedo despreciar su horrible fragancia

Y añorar a los Míos.

Ahora puedo pararme en el medio de esta impura calle

Y gritar mi Furor

Y mi Odio

Y Mi ansia de Venganza

Y sentir el miedo Namuk.

Ahora puedo pedirle perdón a La Madre

Por mi Cobardía

Y mi Debilidad

Y mi Fatiga.

Ahora Sé.”

He quedado fuera del Todo. Soy un Exiliado y, como tal, debo partir al Exilio y morir allí como un Amo.

Hasta ahora se me conoce como Aklatel Fil-Vestes, pero luego de mi final en todo Yanni me llaman El Que Supo Como Morir.

Los servidores escapan en tropel, creyendo segura tanto su muerte como mi locura. Sin embargo, no malgastaré mi ira en una pequeña purificación. No se merecen tal privilegio.

“La decisión está tomada.

Mi Final será

El Final de un Mundo.”

Y se me acaba de ocurrir el lugar a donde debo ir.

9

Cuando me enteré que tenía que recibir y sacar a pasear a un Chico Bonito y a un Pyapya, me vino un ataque de hipo.

Un podrido trabajo adicional de los profesores de Educación Cívica y Comportamiento Urbano es el de hacer de cicerone a los Visitantes.

Los Visitantes son, como es bien sabido, una variada caterva de hijos de puta que vienen a joder nuestro rincón en el Universo desde sus malcagados planetas.

O, dicho de otra forma, se trata de “viajeros provenientes de mundos hermanos que vienen a nuestro planeta en misiones científicas, económicas, culturales o de simple recreación”, como dicen que dijo el Presidente Temporal el otro día. Esta última es la manera oficial y educada de expresarse sobre el tema.

La otra es la pura verdad.

Los Chicos Bonitos se llaman a sí mismos “Yannis” y a su planeta lo denominan “Yanni”. Esto lo dicen nuestros expertos.

Nosotros, los chistosos, les decimos Chicos Bonitos porque realmente son Chicos Bonitos.

Imagínense una criatura antropomórfica, esencialmente idéntica a nosotros, pero de dos metros treinta a dos metros setenta de altura, piel blanca como la tiza, ojos traslúcidos de tan claros, pelo dorado largo hasta los hombros y vestido completamente de brillante negro, botas y capa incluidas. Olvidaba mencionar que la musculatura de estos bichos se corresponde con la altura.

Si fueron capaces de imaginarse eso, dejen de lado la excitación lujuriosa y permítanme decirles que obtuvieron un ejemplar de Yanni macho.

Realmente son Chicos Bonitos.

También son chicos arrogantes, soberbios, orgullosos, racistas, chauvinistas, exclusivistas y todo lo que se asemeje a eso. Para un Yanni, en todo el Universo solo

hay una cosa completamente buena: Yanni, (la Raza y el Planeta, para ellos es lo mismo).

Su mundo está situado en la otra punta de la galaxia, aproximadamente. Reconozco que ese dato no es precisamente muy preciso, valga el fino y delicado juego de palabras con que los estoy obsequiando, pero mi fuerte no es la astronomía. Un profesor de Educación Cívica y Comportamiento Urbano no tiene que preocuparse ni molestarse por la astronomía, a ver si nos entendemos. En realidad, ¿para qué, alguien con un mínimo de sentido común se va a preocupar o molestar por la astronomía, por la física, por la química o por alguna cosa por el estilo?

Sin ir más lejos, porque mamá no me deja, en esa zona donde está el nido de los Chicos Bonitos no debían existir planetas habitables según nuestras coherentes y sólidas teorías científicas. Nuestros mejores y quizás menos drogados cerebros croaban unánimemente las múltiples razones y abrumadoras comprobaciones experimentales que sostenían esas teorías.

Ahora que tenemos el placer de conocer a los Yannis, los genios locales no tuvieron otro remedio que inclinarse ante los hechos, pero sin admitir su ignorancia.

Simplemente, con la mejor cara de granito elaboraron otra teoría y volvieron a elevarla a la categoría de verdad absoluta, despreciando a todo aquel que imagine lo contrario.

Sintéticamente, las cosas quedaron igual que siempre: El que intuye algo distinto a lo que dice la ciencia oficial es un delirante softdrogado con malos yuyos, un ignorante antisocial, un místico o un irredimible boludazo.

Boludazo irredimible soy yo, que me pierdo en digresiones.

El planeta Yanni es bastante parecido al nuestro, sacando un mucho de agua y poniendo un mucho más de desierto y de calor. Lo realmente interesante es la gente, como dirían los promotores de turismo. La “gente” es de dos tipos: los Yannis, Señores y Amos del planeta; y los Namuks, sus esclavos. Parece que estos aventajan en número a los primeros en razón de diez a uno. Esto es muy bueno para los Yannis, porque así tienen más siervos.

Los Chicos Bonitos están desparramados por todo su planeta. No viven en ciudades sino que parecen agruparse en familias.

Los Yannis consideran que los Namuks son mucho, pero mucho, menos que mierda, para decirlo académicamente. Proceden en consecuencia, usándolos para cualquier

cosa, cuando no los matan por entretenimiento. En esto son especialmente despiadados, los Chicos Bonitos.

Eso si, entre ellos, los Yannis son todos iguales, sean machos o hembras. La Hermandad de los Yannis se realiza en la práctica en una especie de Unión Mística que ellos denominan El Todo, o por lo menos así lo tradujeron para nuestros lingüistas.

Los Chicos Bonitos se consideran hijos místicos de la estrella alrededor de la cual gira su planeta. Ellos, de puro sensibles y cariñosos que son, le dicen La Madre a esa desagradable y gorda gigante roja que tienen por sol.

Un consejo: si están cerca de un Chico Bonito, absténganse de expresiones tales como “desagradable y gorda gigante roja”, cuando se refieran al Sol de los Yannis, porque se trata de unos muchachos que quieren mucho a su mami.

Por lo demás, los Yannis tienen una serie de poderes, podríamos decirles “paranormales” verdaderamente pasmosos y muy divertidos.

Para ellos.

Les gusta joder a los demás con esos poderes o simplemente con su fuerza bruta, bien pero bien bruta. Los “demás” nunca, jamás, son otros Yannis. Los “demás” son los namuks y, de vez en cuando, nosotros.

La primera vez que una delegación Yanni se molestó en venir a la Tierra fue una cosa muy divertida. Satanás sabrá porque, pero se les ocurrió aterrizar su nave, parecida a un pulpo, en la India, más precisamente en la ciudad de Agra, más precisamente todavía, encima del Taj-Mahal. Encima es un decir, porque antes se preocuparon de despejar la zona con una bolita de energía que redujo al mausoleo a un montón de suave polvo carbonizado. Aterrizaron, como les decía, y después se bajaron de la nave para estirar un poco las piernas y dar un paseito por las inmediaciones, en el transcurso del cual cazaron algunos humanos y se entretuvieron desmembrándolos vivos. Después se pusieron serios y empezaron a matar indios como si quisieran batir un récord. Por esa época la India estaba en plena guerra civil, con un cuarto del país inundado desde hacia cinco años y tres cuartos de la población muerta de hambre, así que los vecinos de Agra se las tuvieron que arreglar solos para evacuar la ciudad antes que los Chicos Bonitos se los cargaran a todos.

En nuestra Zona estaban todos muy escandalizados en esos momentos, porque el Presidente Temporal de entonces, un hombre que se las daba de muy serio y decente,

había abandonado a su esposo para vivir una relación heterosexual con una profesora de filosofía. Sin embargo los acontecimientos de la India llegaron a acaparar la atención patria por unos instantes, porque realmente era una cosa muy cómica ver tantos indios despatarrados por las calles, o corriendo o pisándose entre ellos o cagándose de miedo. Todo llega a su fin y llegó un momento en que los Yannis se cansaron de masacrar indios, así que levantaron vuelo con su nave y se pusieron a sobrevolar el planeta, bajando ocasionalmente aquí y allá. Se organizaron concursos para apostar donde sería la nueva hecatombe pero, sin embargo, los Chicos Bonitos se limitaron a pasear y, aparentemente, a investigar. Después se fueron, y después volvieron con unas cuantas naves y después siguieron viniendo, se contactaron con nosotros cuando se les daba la gana, un buen día contestaron algunas de nuestras preguntas y así fue pasando el tiempo, en plena paz y armonía.

Naturalmente, nadie tuvo el mal gusto de hacerles un reclamo por lo del Taj- Mahal. Después de todo, era un edificio bastante viejo.

Los Pyapya, en cambio, son algo de una categoría distinta, aunque no desde el punto de vista físico. Son antropomórficos, altos como nosotros, pero en promedio de apariencia más frágil. Tienen una gran variedad de razas, producto de infinidad de mezclas.

Les decimos Pyapyas por eso de “Paz y Amor”. Ellos, siempre de acuerdo con nuestros iluminados especialistas, sé autodenominan Nums y a su planeta le dicen Ared.

Lo cierto es que su filosofía de vida es realmente “Paz y Amor”.

Son tan buenos, tan pacíficos, tan comprensivos, tan tranquilos y tan sensibles que dan asco.

Su mundo se encuentra lejos de acá, en otro lugar imposible según nuestros especialistas. Dicen que Ared se asemeja a un grande, cuidado, perfumado y desesperadamente prolijo Jardín del Edén.

Los Pyapya también poseen una Unidad Mental que los hermana, pero nuestros científicos han llegado a la conclusión de que se trata de algo mucho más evolucionado de lo que tienen los Yannis. Esta afirmación me parece un tanto audaz, teniendo en cuenta que nosotros, en este culo cagado del Universo en que moramos, no poseemos nada siquiera parecido a esa mentada unidad de la mente.

En fin, lo cierto es que los Yannis, los Nums y otros muchos bichos extraños, de forma más o menos humana o no, tienen la maldita costumbre de visitarnos hace ya más de

cincuenta años. Vinieron todos juntos, prácticamente, nadie sabe bien porque. Cada día llegaban nuevas cosas raras.

En otra época se había pensado que el primer contacto con una inteligencia extraterrestre iba a producir un sacudón cultural en nuestro planeta.

Lo que realmente sucedió fue que a nadie le importó un soberano carajo. Todos estaban demasiado preocupados sobreviviendo y cagando a los demás como para ocuparse de tales boludeces.

También se había pensado que los extraterrestres iban a ayudarnos a solucionar nuestros problemas. Parece que ellos creen que no tenemos ninguno, porque hasta ahora lo único que han hecho es investigar, pasear y permitir a algunos humanos viajar a sus tierras; no como un intercambio sino como un favor que otorgan cuando se les da la gana.

Así estábamos, recibéndolos y agasajándolos, no por amistad sino por miedo. Porque hasta los más parecidos a nosotros son atterradoramente distintos e inmensamente más poderosos y, sobre todo, parecen completamente indiferentes a lo que nos pase o nos deje de pasar.

Por ejemplo, los Pyapyas. La primera vez que llegaron, empezaron a radiar mensajes de pacifismo, buenas intenciones y mejores deseos desde veinte millones de kilómetros de distancia.

Nadie se inmutó demasiado por la visita.

Bajaron con una nave que podría ser una gigantesca prima hermana de una de nuestras más hermosas cucarachas. Eligieron el desierto del Sahara como lugar de aterrizaje, dijeron, para no dañar ninguna forma de vida.

Tampoco nadie se inmutó por eso.

A lo sumo, se los consideró bastante idiotas.

Enseguida los Nums se largaron a recorrer el planeta y a trabar comunicación con todos los líderes políticos, científicos y religiosos que encontraron. Como se los vio pacíficos y amistosos, inmediatamente empezamos a pedirles de todo, desde fuentes de energía gratuita hasta una forma de prevenir los juanetes. Nos contestaron que no podían, porque eso sería interferir con la evolución de otras formas de vida. Mandamos unos tanques y otros tantos aviones y unos miles de tropas para tomar la cucaracha por asalto y, todavía no sabemos cómo hicieron, ningún tanque pudo tirar un cañonazo ni

ningún avión pudo disparar un misil, ni ningún soldadito pudo oprimir un gatillo. Los tipos más duros de entre los duros quisieron entrar a la cucaracha y reventar Pyapyas a mano limpia y entonces los Pyapyas les abrieron la puerta y ellos, los duros, se lanzaron en tropel muy contentos y entonces, nomás entraron, les vinieron a todos esos muchachos duros y recios unas terribles ganas de llorar y ahí quedaron, revolcándose en el suelo, llorando a los gritos hasta quedar exhaustos. Después ninguno pudo explicar porque le pasó lo que le pasó, pero a nadie le volvió a dar ganas de atacar a los Nums. Se pidieron disculpas, que fueron solemnemente aceptadas y todos los hijos de la Tierra se quedaron muy contentos por seguir vivos y muy preocupados en tener contentos a los Pyapyas y a cualquier otro Visitante.

Por eso, para tenerlos contentos, les damos todo lo que nos piden, cuando se molestan en pedir algo. A esta política la denominamos “contribuir a afianzar nuestras relaciones culturales y el conocimiento mutuo”.

Esa era la razón por la que me encontraba, una maloliente y calurosa mañana de Junio, paradito como un soldado de plomo en medio de la Sala de Recepción del Puerto Galáctico, esperando que llegaran los dos Visitantes, para llevarlos donde quisieran.

Pese a todo, no dejaba de ser algo extraordinario.

Son pocos los que comienzan su visita a la Tierra por esta Zona. Generalmente, este es un lugar de paso. Los argentinos, originales desde el principio de los tiempos, solemos describir a nuestro amado trozo del planeta como “una hemorroide situada en el culo de un mundo que se encuentra en el culo del Cosmos”, descripción, en verdad, encantadora, poética y estrictamente ajustada a la realidad.

El Culo Cósmico es un culo roto, agregaría yo.

Todas estas bonitas metáforas me hacen acordar que esta noche tengo que inyectarme un laxante.

10

Había llegado a un lugar llamado Puerto Galáctico de Buenos Aires. Me dijeron que estaba en la Zona Argentina, una división territorial de ese planeta. Apenas bajé de la nave me llevé una sorpresa. Creía que al planeta lo llamaban Earth, pero en ese Puerto Galáctico le decían Tierra porque los seres de allí hablaban otro dialecto. Antes de viajar, aprendí lo que creí imprescindible acerca de ese mundo. La Tierra de estos seres es un lugar social y tecnológicamente primitivo.

Una curiosidad fue que la atmósfera del lugar es más aceptable para nosotros que para los propios nativos.

Sus habitantes son extremadamente inestables desde el punto de vista emocional. Se mataban unos a otros diariamente, sin motivo o por motivos infantiles. Creo que todavía siguen haciéndolo.

Aun hoy no sé mucho de la Tierra y de la Zona Argentina, pero en ese entonces, todo lo que me rodeaba me parecía increíblemente exótico. Los terranos por ejemplo, son muy distintos a nosotros. Es cierto que tienen una cabeza (¡Ovalada!), una boca (¡Pero con dientes blancos!), y tantos ojos, piernas, brazos y manos y dedos como los nuestros, pero igual son muy diferentes. Lleva un tiempo acostumbrarse a verlos.

Mi anfitrión, por ejemplo, era un terrano bastante curioso llamado Aristóteles Calígula Klops. Apenas me vio, me palmeó en la cabeza con la mano derecha y me dijo “Hola, Hola, Pya, ¿qué tal el viaje?”. Realmente, yo ignoraba que en ese mundo tuvieran un saludo ritual de ese tipo. Klops era un terrano alto, con pelos negros cortos y desperejos en la cara y pelos amarillos largos y todavía más desperejos en la cabeza. Sonreía y cerraba alternativamente los ojos azules y verdes. Es decir, tenía un ojo azul y otro verde. No es algo común en los terranos. Llevaba la parte superior del cuerpo cubierta con una tela naranja casi transparente y la inferior con un género violeta brillante que se le pegaba a cada pierna. Parecía un ser amistoso.

En cambio, mi compañero de recorrido por esa Zona no lo era. Ustedes saben, y si no lo sabían lo sabrán desde ahora, ningún Yanni, ninguno, era amistoso entonces.

Visto lo que había hecho conmigo, supuse que Aristóteles Calígula Klops iba a palmear al Yanni en la cabeza. No fue así, sin embargo. En vez de eso, Klops se arrodilló e inclinando la cabeza hasta el suelo le dijo “Seas bienvenido, Excelentísimo Visitante”.

De todos modos, dada la altura del Yanni, Aristóteles Calígula Klops no le hubiera podido llegar a la cabeza con su mano ni aun dando un gran salto.

Mi amenazante compañero de recorrido, llamado Aklatel Fil-Vestes, ni siquiera lo miró. Estaba vestido totalmente de negro, como es costumbre entre los Yannis. La expresión de su rostro, como siempre ocurría con esos seres, era feroz.

Aristóteles Calígula Klops, nuestro guía, nos condujo a través del Puerto Galáctico, en medio de una multitud de terranos y algunos Visitantes. Los terranos gustan apiñarse en todos lados. Siempre se los ve amontonados y usualmente se llevan por delante, se dirigen palabras injuriosas y terminan golpeándose hasta que llegan otros terranos que también les dicen palabras insultantes y luego les propinan golpes y después se los llevan a algún lugar.

En fin, mientras caminábamos por el Puerto Galáctico, los terranos que pasaban a mi lado sonreían y me hacían curiosas señas con los dedos, luego de lo cual se reían más fuerte. En cambio, todos evitaban mirar a Aklatel Fil-Vestes, quien a su vez no miraba a nadie. Si algún terrano, sin darse cuenta, se interponía en nuestro camino, Aristóteles Calígula Klops se apresuraba a echarlo de una patada.

A la salida del Puerto Galáctico, Klops nos introdujo en un extraño vehículo de tierra con ventanas transparentes adelante, atrás y a los costados. En ese artefacto hicimos un veloz y corto viaje por la ciudad de Buenos Aires hasta llegar a nuestro alojamiento. Es poco lo que pude ver en ese primer recorrido por la ciudad terrana. Había grandes extensiones de bloques grises de edificios y, cada tanto, en medio de tanto gris irrumpían enormes construcciones llenas de luces y colores brillantes y variados. Una de ellas era nuestro alojamiento. En todo el viaje, Aklatel Fil-Vestes no profirió una palabra. Se veían muchos terranos deambulando por la ciudad y muchos artefactos parecidos al nuestro. El cielo de ese mundo era gris oscuro, aunque era de día.

Desde el primer momento, me di cuenta que los terranos no tenían ninguna relación con lo Uno.

Igual que yo.

La única diferencia es que a ellos no le importaba y a mí sí.

Entonces me preguntaba “¿Cómo un mundo lleno de muertos por dentro puede ayudarme a mí, otro muerto como ellos, que, además, apenas los entiende porque viene de otro planeta?”

11

Lo menos que puedo decir, es que los nativos de este miserable planeta son una especie tan degradada que causa repugnancia a simple vista.

Nuestra Nave de Luz se puso en órbita a este mundo. Solo diré que es una bola oscura y sin la menor belleza. Nada que pueda compararse a la magnificencia de Yanni, cuyos destellos rojos y dorados alegran la partida y el regreso de todos los Yannis que viajan por el Universo.

“Ah, Yanni y La Madre

Es vuestra la Gloria

Y no de Tus Hijos

Amada Casa,

Solo viviremos

Si Tú vives.”

Cada uno de los Yannis que por diversas razones deseábamos bajar lo hicimos en naves individuales.

Fui el único que escogió descender en un sitio llamado Zona Argentina y lo hice por esa misma razón.

Una de las primeras y más desagradables cosas que vi al salir de mi nave, fue al ejemplar-klops. Este terrestre, pequeño e informe como todos ellos, apenas parecía mantenerse en pie. Movía los raquíticos brazos en forma desordenada y radiaba terror por todo su cuerpo. Todos los terrestres emiten oleadas de terror constantemente. No tienen dignidad ni siquiera para someterse.

El ejemplar-klops ha sido comisionado por la autoridad de este inmundo lugar para servirnos de guía a mí y a un Ser de la Raza Num que mostraba a quien quisiera verla esa expresión patética que exhiben todos ellos.

Al principio, creí haber conocido toda la basura terrestre con solo observar al ejemplar-klops.

Reconozco que me equivoqué.

“Recorrer tus suaves caminos
Meterse en tus flameantes Entrañas
Bañarse en tus brillantes jugos
Ah, que Placer
Ah, que Honor
Ser de la Caliente Sangre
De los de la Casa.”

Ahora, mientras nos dirigimos a un lugar llamado Parque de Diversiones, mi asco se intensifica a cada momento por lo que veo. Rebaños de terrestres deambulan de un lado para otro por entre el oscuro, frío y húmedo aire de este lugar, sin ningún orden o dignidad. Son cosas ruidosas y sucias. Caminan con pasos inseguros, mezquinos y cobardes. Se llevan por delante sin darse cuenta.

El solo hecho de ser tantos y estar tan infamemente amontonados les hace perder toda posible heroicidad, toda Superioridad.

Cualquier especie que tenga tan elevado número de ejemplares indiferenciados está condenada a la eterna Inferioridad.

“Canto mi Gozo
Por haber Nacido
En la Casa.
Canto mi Pena
Por Morir
En otro lugar.”

Y la única razón para la existencia de los Inferiores es la posibilidad de serles útiles a los Superiores. Precisamente, este deprimente mundo va a encontrar la razón de su existencia siéndome útil a Mí.

“Yo que Reí
y Fui
en el Dorado Todo
ahora Lloro
y Muero
En la Plateada Nada”.

12

La idea era dar un sacudón a los Visitantes en su primera salida.

Por eso los llevé a una partecita encantadora de nuestra primorosa ciudad.

En los programas turísticos se la conoce como la Ciudad Cerrada, pero nosotros le decimos el Parque de Diversiones. Se trata de una zona que abarca treinta manzanas cercadas por haces de energía. Hace muchos años había allí un enorme pastizal llamado Reserva Ecológica, pero por suerte ahora le damos un uso más útil.

Para entrar hay que pagar y mucho, así que la cosa es solo para ricos y para Visitantes.

Los Visitantes no pagan, imaginen porqué.

- Ilustres, no tienen idea de lo que van a ver acá dentro- comenté, lleno de entusiasmo y originalidad.
- No.- me contestó Pyapya.
- ...- me ignoró Chico Bonito.
- Bueno...- me esforcé en continuar-...la Ciudad Cerrada es un emprendimiento conjunto de la Ciudad Autónoma de Puerto Madero, la Corporación Federal de Economía de la Zona Argentina y Pampa Gaucha Electronics Industries. La idea es ofrecer a los usuarios un plexo único de posibilidades de entretenimiento y diversión, uniendo en una feliz conjunción nuestra más avanzada tecnología con nuestras más avanzadas concepciones culturales y sociales. La Ciudad Cerrada es, con toda su extraordinaria diversidad racial, social y cultural, nuestro norte, nuestro ideal, la forma de vida a la que aspiramos todos los miembros de la gran familia humana.- concluí, hastiado, justo cuando mi expresión alegre estaba a punto de derrumbarse. De todos modos, mi memoria seguía siendo de primera.
- No entiendo. – musitó Pyapya.
- – declaró Chico Bonito.

Respetuosamente, me limité a señalarles la entrada con la mano

El guardia de seguridad nos dejó pasar y ahí estábamos, en esa hermosa tarde de Junio, donde el sol brillaría en todo su esplendor sino fuera porque la grisácea hotniebla estaba muy densa y un poquitín más tóxica cada año, en mi opinión. Sin ir más lejos porque puedo perderme, el año pasado me tuve que someter a un tratamiento, (ambulatorio, nada grave, no se angustien), para detener un pertinaz canchero de pulmón que me había producido uno que otro vomito de sangre.

Pero dejémonos de recuerdos agradables y volvamos a la acción.

Ni bien entramos se podía oír una vociferante voz familiar.

- ¡Arrepentíos, manga de pecadores y malandras, porque Jehová nuestro Señor y Capo máximo os hará pagar vuestra desobediencia metiendoos carbones candentes por vuestros sucios culos!...¡Si, así nomás será, no os riáis, pestilentes cucarachas hijas de puta entregadas al pecado de la satisfacción de los cochinos instintos...-
- ¿Qué tal Profe?- saludé.

El Profeta Pancho se calló por mi interrupción y me miró con sus entrecerrados ojos casi ciegos. Era una antigualla apergaminada, como se podía apreciar en los pocos lugares donde se le veía la piel. Llevaba una larga barba, blanca donde no estaba sucia, y la cabeza pelada le brillaba por el sudor. El roto trapo azul que le cubría el cuerpo no tenía aspecto de ser algo muy fresco.

Parece que me reconoció, porque me obsequió con una muestra gratis de su gastada y rota dentadura, en un intento de imitar una afectuosa sonrisa.

- He aquí al Hijo de Puta Mayor.- me contestó- ¡He aquí a otro pecador que viene a este antro de inconmensurable asquerosidad a buscar su ración de degeneración, acompañado por dos enviados del viejo puto de Belcebú!- el viejo se detuvo para tomar aire y luego siguió.- ¿Cómo estas Aristóteles, como va la cosa?.

Me pareció que el Yanni no había entendido muy bien lo que se había estado diciendo pero que, por las dudas, tenía intención de desventrar al viejo y averiguar de que color eran sus intestinos. Pyapya, en cambio, se veía tan normal como puede verse uno de su especie.

- Gracias por lo de hijo de puta mayor, Profe, no creo merecer el elogio. Acá estamos, paseando y ya que lo veo, me gustaría que nos diera la bendición a mí y a estos ilustres Visitantes...- el viejo se preparó para mandarme a la mierda por el pedido...antes que alguno de estos dignos enviados pueda malinterpretar la

situación y sentirse ofendido.- y mientras decía eso señalaba disimuladamente al Chico Bonito.

Pancho puede ser un viejo muy loco pero, definitivamente, no es ni nunca fue un estúpido. Ningún estúpido llega a viejo y ningún estúpido consigue trabajar como atracción en el Parque.

- Hermanos, - entonó con voz profunda- Jehová, por mi intermedio, los bendice y les derrama toda su luz para que los ilumine en estos días oscuros en los que esperamos ansiosamente el Apocalipsis Justiciero y la posterior llegada de su Amoroso y para nada Vengativo Hijo, quien vendrá a este podrido mundo con una espada de oro y segaré, como frutas maduras, las cabezas de todos los inicuos, es decir de casi todos y dejara solamente a los inocuos, que serán unos pocos, entre los que yo tendré el merecido privilegio de contarme, así pues....-por un momento el viejo pareció desorientado por su propia cháchara.-...así pues que, eso, que los bendigo....ya, este... ya terminé.
- Ah, bueno gracias.- le contesté.- entonces nos vamos. Me volví hacia los bichos raros y los invité cortésmente a que continuáramos.

Apenas a cincuenta metros de la entrada del Parque se desarrollaba una orgía callejera. Había hombres, mujeres, hombras, mubres, trisex, perros, gatos, ovejas, cerdos, niños, niñas y un canguro.

- ¿Les apetece señores?- pregunté educadamente, en la mezcla idiomática en uso con esos bichos raros.- Reconozco que no es algo muy refinado, pero tal vez...-
- No, gracias.- contestó Pyapya, (parece que el pobre se llama Urum). Tenía una tonalidad violácea en las mejillas y el iris de los ojos se le había agrandado enormemente. Suponemos que eso es signo de incomodidad. No entiendo porque estaba así porque, según nuestros sagaces investigadores, en su planeta es muy común el sexo grupal.

Pareció como si me hubiera leído el pensamiento porque agregó:

- Es una práctica muy egoísta.- Con eso entendí menos.
- Yo si voy.- ¡Increíble!, ¡Habló Aklattel!. Dicho y hecho, ahí nomás se mandó al medio del grupo.

Yo no sabía a quien acompañar. Hay que cuidar a los Visitantes. Finalmente, me pareció que el Yanni se cuidaba solo.

Muchachos, lo que le vi hacer es algo que recordaré mientras viva.

El Chico Bonito se abrió paso a patadas y empujones y fue directamente hacia una rubia de físico increíble, total y convenientemente desnuda y total y convenientemente drogada. La chica se estaba revolcando con un gordo grasoso que se la daba por delante y una gorda aun más grasosa que le clavaba un grueso aparato por detrás.

Aklatel, con toda gentileza, los levantó del suelo. Como el gordo quiso protestar, lo tomó de la barbilla con la mano derecha y apretó hasta reventarle la mandíbula y estrujarle hasta los dientes. Luego le aplastó la nariz con el pulgar y le sacó los ojos con los dedos índice y mayor. Fantástica economía de movimientos, en verdad.

La gorda empezó a chillar y el resto de la orgía comenzó a dejar lo que estaba haciendo para ponerse a mirar. El Yanni tomó los voluminosos pechos de la gorda con ambas manos y se los arrancó. La mujer no chilló más porque se desmayó.

La rubia miraba todo con ojos extraviados. A continuación y sin ningún apuro, Aklatel se acercó a ella, la puso de espaldas, desenfundó un descomunal miembro viril, perdón por la obscenidad; y se lo metió a la dulce niña en el dilatado ano de un solo golpe, como un lanzazo.

La chica pegó un alarido capaz de estremecer hasta a un funcionario del Gobierno. Su fenomenal cuerpecito se contorsionó violentamente, como el de una rana atravesada por un cuchillo, si me disculpan el alarde poético. Un chorro de sangre le salía del culo.

El Chico Bonito guardó su instrumento y me miró con expresión de profunda beatitud, cual un Santo elegido por Dios.

13

Después de lo que Aklatel Fil-Vestes le hizo a esos terranos no supe que pensar del Yanni ni de los habitantes de la Tierra.

Me dio la impresión de que todos gozaban, a excepción de los muertos. Es más, creo que incluso los muertos habrían disfrutado, si esto fuera posible.

Los terranos ovacionaron a Aklatel Fil-Vestes y luego salieron corriendo. Como dijo Aristóteles Calígula Klops, “no quedo ni el canguro”.

Luego de ese extraño suceso, nuestro guía nos condujo al interior de un enorme edificio. Allí, al igual que en todos lados, había gran cantidad de terranos caminando, saltando, gritando, empujando y riendo sin coherencia ni armonía. Algunos nativos estaban sentados en amplios sillones y tenían varias partes del cuerpo conectadas por medio de cables rojos y dorados a unos aparatos de aspecto tosco. Esos terranos no veían a nadie, pese a tener los ojos muy abiertos. Algunos movían desacompadadamente piernas y brazos. Otros sacaban la lengua y se babeaban.

Aristóteles Calígula Klops nos informó que los aparatos tenían la propiedad de crear mundos o realidades alternativas en las mentes de los terranos y también de algunas Razas de Visitantes compatibles como la de Aklatel Fil-Vestes y la mía. Ante la invitación de nuestro anfitrión, no tuve inconveniente en aceptar conectarme a uno de esos artefactos. Fue difícil, en cambio, convencer al Yanni para que se dignara consentir en participar de la experiencia. Klops hubo de suplicarle tres veces por lo menos antes que Aklatel Fil-Vestes accediera a sentarse en el sillón de un aparato. La idea de quedar a merced de los terranos no lo seducía, pero sospecho que terminó dando conformidad a la conexión para que no se pensara que se trataba de un cobarde.

Una vez que me conecté a una de esas máquinas confirmé que se trataba de una técnica muy primitiva y limitada de re-crear lo fenoménico a partir de las infinitas posibilidades que ofrece la Matriz Arquetípica.

Recuerdo que, una vez conectado, inmediatamente dejé de ver y sentir el lugar donde me encontraba y me hundí en una confusión de colores brillantes y nebulosos que

amenazaron con marearme hasta que, por fin, las imágenes se aclararon y los contornos se solidificaron.

Aparecí, entonces, en medio de un espacioso terreno verde, rodeado por otros seres, entre los que reconocí al Yanni y a nuestro guía. El suelo, como dije, era de pasto verde muy corto. No había techo y el cielo mostraba un hermoso color azul celeste dentro del cual colgaba la estrella madre del planeta Tierra, que los nativos llaman sol.

El objeto de la experiencia que vivimos Aristóteles Calígula Klops, Aklatel Fil-Vestes y yo, consistió en participar de un juego terrano, muy popular en esa parte del planeta. Se llama “fútbol”.

Klops nos dijo que en el pasado el fútbol se jugaba sin ayuda de ningún aparato y sin necesidad de crear un mundo alternativo, es decir que se practicaba en la realidad física del participante. Sin embargo, en ese entonces, además del color del cielo, muchas cosas habían cambiado. Ahora se usaban las realidades alternativas porque era la única manera de, según sus propias palabras, “poder terminar un partido con todos los jugadores vivos”. Algunos tradicionalistas, entre los que se contaba el propio Aristóteles Calígula Klops, sostenían que esta nueva modalidad constituía una cobardía que desvirtuaba el espíritu del deporte.

Tras una breve introducción a las reglas del juego, Aristóteles Calígula Klops, Aklatel Fil-Vestes y yo pasamos a integrar un equipo denominado Bosta Seniors. Este nombre, según me explicó otro jugador, rendía homenaje al que fuera el más grande equipo del planeta. Sin embargo, otros jugadores no estaban de acuerdo con que ese antiguo equipo fuese tan grandioso. Desgraciadamente, nadie se acordaba del verdadero nombre de ese antiguo conjunto. El bando contrario adoptó el nombre de Huevo de Plata. El mismo jugador que me había explicado antes me informó que ese nombre rememoraba a un desaparecido equipo de... cagones, si, esas fueron sus exactas palabras. Otro jugador, lo insultó, en señal de desacuerdo. Finalmente, ambos se tomaron a golpes. Golpes que no podían ser sino virtuales, metidos como estábamos en una realidad diferente.

Una vez que pudieron separarlos comenzó el juego. Aklatel Fil-Vestes y Aristóteles Calígula Klops jugarían adelante. Delante de los otros jugadores de nuestro equipo, quiero decir.

A mí, por acuerdo de todos los jugadores del Bosta Seniors me pusieron de arquero, que es una ubicación muy interesante y extraña porque uno se queda solo, atrás de

todos los jugadores propios y no se puede mover de adelante de unos maderos que llaman “el arco” y no tiene nada que hacer hasta que no le llega un objeto llamado Pelota, del que ya voy a hablar.

Lo cierto es que, todavía hoy no sé porque me pusieron en ese puesto.

14

Los terrestres son débiles. Es agradable matarlos pero, ¿cómo lograr una Muerte Heroica en este asqueroso lugar? Los demás Yannis se reirían de mí si alguno de estos seres retrasados me matase. No veo como podrían hacerlo, con esos cuerpecitos patéticos que ostentan.

Ese combate que llaman el fútbol es un buen ejemplo de la loca perversión de estos seres. Si el objeto es matar a la mayor cantidad de oponentes, entonces, ¿Para qué perder tiempo llevando una bola blanda y esquiva de un lado para el otro? Al principio pensé que esa bola que llaman pelota servía para hacer más dificultosa la eliminación de los contrarios. Supuse que había que matarlos golpeándolos con esa cosa. Pero no, no usan la pelota como arma. Se mata con manos y pies, pero no necesariamente con la pelota.

¿Para qué sirve la pelota?: “Para introducirla en el arco”.

¿Para qué sirve introducirla en el arco?: “Para hacer goles”.

¿Para qué sirve hacer goles?: “Para ganar el partido”.

¿Para qué sirve ganar el partido?: “...”

Tiene que existir algún desafío que este a mi altura en este indigno planeta.

Vine hasta aquí porque nuestros Sabios aseguran que estas criaturas son entidades paradójicas. Por un lado, extremadamente mediocres, rastreros, cobardes e insignificantes y por otro, obstinados, temerarios, ambiciosos, malignos y capaces de la más espectacular locura. Jamás pude entender semejante síntesis. ¿Cómo una raza puede ser cobarde y valiente al mismo tiempo?

Vine, pese a mis reservas, esperando que una confrontación con seres tan extraños e impredecibles me procurase la muerte, luego de grandes hazañas. Parece que me equivoqué. Luego de perder el Contacto, no sirvo ni para elegir a mis enemigos.

“Oh, Adversario,

Yo té Odio,
Y por tu Existir,
Yo Existo.
Porque Vives,
Me alegre.
Y porque te mato,
Me regocijo.”

Cada momento que pasa me siento peor, lejos de mi Casa, (lejos de Erina), lejos de la
Alegría del Todo, de los Estados Superiores, de la Paz Heroica.

“Amor y Vida.
Belleza y Pasión.

De esa Hija de la Casa,
Llamada Erina.

Belleza y Vida,
Pasión y Amor.

Y Fuego Dorado,
En el que,
Alegremente,
Me consumo.
Eso es Erina.

Pasión y Vida,
Belleza y Amor.”

Me siento aprisionado en mi cuerpo, me siento asfixiado, me siento triste, me siento...solo.

15

¡Que partido señores! Ganamos tres a cero y cuatro a tres.

Tres a cero en goles y cuatro a tres en muertos.

Cinco a tres, habría que decir, porque un muerto de ellos debió valer doble. Por primera vez en la historia del fútbol virtual, un muerto virtual se convirtió en muerto real.

Lo cual, sin lugar a dudas, merece una explicación.

De los goles nos ocupamos Clavo y un humildísimo servidor. Clavo es un viejo amigo mío que acababa de salir del Instituto de Rehabilitación luego de hacerse una lobotomía reparadora, la tercera en su corta, triste y aventurera vida. No se lo veía muy reparado que digamos. A decir verdad, cuantas más neuronas le quemaban, más salía a flote la natural personalidad de Clavo. Porque él era, naturalmente, una bestia, pero una bestia simpática y decente que hacía ya muchos años que había cometido su última falta, concretamente, la violación de un gorila blanco que venía con el Zoológico Itinerante.

Como decía, Clavo hizo dos goles y a mí me tocó hacer el tercero, aunque “tocar” no es la palabra adecuada porque da la impresión de que me lo hubiera sacado en el Gran Sorteo Argentó, cuando ese gol, en realidad fue el resultado de una jugada de inenarrable virtuosismo futbolero por mi parte.

Tampoco debo olvidar la actuación de Pyapya. Lo suyo en el arco fue algo increíble. Lo pusimos ahí para que no molestara y terminó resultando una revelación. Atajó todo, y eso que casi lo matan. Un error genético apodado Escrache le pegó una patada que por poco no lo transforma en fragmentos despreciables, por decirlo en forma neutra. Hubiera sido lamentable porque en tal caso habríamos empatado en muertos, siempre y cuando no nos cuenten doble a un muerto de ellos.

Aklatel fue la sensación en esa especialidad. No tocó una pelota en todo el partido, pero en mi vida he visto a alguien patear cabezas como lo hizo ese desgraciado.

Al último de los cuatro que reventó, le arrancó el zapallo de un hábil golpe magistralmente ejecutado con su mano derecha y total y magníficamente a traición, porque la víctima, el famoso Escrache, como buen animal degenerado que era, estaba muy entretenido contemplando a Pyapya revolcarse en el piso, luego de la caricia que le

había prodigado. La impresión de dolor debió ser tan grande que Escrache, el “real”, no el “virtual”; se murió de un infarto, en lugar de desmayarse como les suele ocurrir a las personas cuando se mueren virtualmente. Dicen que sus papis no lo lloraron, porque se habían suicidado hacía muchos años.

Habríamos sacado al Yanni de la cancha en andas, si nos hubiésemos atrevido a tocarlo. El Chico Bonito, por su parte, nos regalaba una sonrisa siniestra, o sea que estaba contento.

Cuando salí del mundo virtual vi al tipo muerto. Todavía no lo habían sacado del Recreador al que estuvo conectado. Tenía la boca abierta, la lengua afuera y los ojos desorbitados. El conjunto formaba la expresión más inteligente que jamás hubiera tenido mientras estuvo vivo. Su hermana estaría feliz, pero por suerte no tuvo ninguna.

Verdaderamente, el fútbol es una de las pocas cosas buenas que aún le quedan a este mundo.

Era tiempo de seguir paseando por el Parque, así que se me ocurrió mostrarles a mis queridos huéspedes nuestra primorosa Colección de Horrosos Mutantes. En esos tiempos era un espectáculo muy de moda, autentico orgullo del Parque, de las ciudades autónomas de la Zona Argentina y del Presidente Temporal de turno.

Lamentablemente, nuestro encanto, nuestra maravilla genética, la niña de nuestros ojos inyectados en sangre no les interesó en absoluto. Ante las fascinantes y multiformes cosas allí exhibidas y en medio de mis eruditas explicaciones, Pyapya se puso a mirar para otro lado y Aklatel siguió sin asesinar a nadie, en muestra de total indiferencia.

Yo podría haber sido un Horroso mutante, pero ese año mis papis quisieron tener un intelectual y eso fue lo que encargaron.

Entonces el honor le toco a mi hermanito Balerio. Mis papis lo exhibieron, primero a las amistades y después a todo público hasta que todas sus locas células decidieron por unanimidad seguir un camino distinto y el pobre Balerio cambio de barrio. Las descontroladas masas de carne que quedaron en su reemplazo fueron incineradas con prontitud.

Mis papis lo lamentaron y estuvieron a punto de encargar otro Horroso Mutante, pero a último momento cambiaron de idea y se decidieron por un fisiculturista homosexual maniaco-depresivo de ojos celestes, pelo rubio, dientes blancos y piel

negro violácea que les salió bastante caro para lo poco que duro, porque a los dieciséis años se cambió el color de ojos, de piel y el sexo y se fue de casa.

Un tanto molesto por mi fracaso, arrastré a los invitados por medio Parque y los llevé a Villa NeoForm.

16

El fútbol es un juego verdaderamente exótico, sobretodo si se tiene en cuenta que se trata de una creación realizada por seres tan individualistas como los terranos. Los nativos se agrupan en conjuntos de once concelebrantes que se paran enfrentados en lo que ellos denominan “la cancha”. La cancha era ese rectángulo de pasto verde en el que mi cuerpo alternativo se encontraba. La cancha es un poco más grande que un Jardín de la Vida pero más angosto y completamente liso y desprovisto de árboles y plantas. En la mitad de los dos lados más angostos de la cancha se levantan los arcos, que son como dos grandes cajas de malla metálica con una boca o entrada rectangular cada uno. Estas bocas o entradas están abiertas de forma tal que desde adentro de la cancha se pueda entrar en la caja, mientras que desde afuera no pueda hacerse. Las bocas de los arcos, como les decía, son rectángulos formados cada uno por dos listones verticales, altos como nuestras Puertas de Invocación y unidos por otro listón horizontal. Los veintidós oficiantes se agrupan, como dije, en dos conjuntos que se paran uno mirando hacia el arco situado a espaldas del otro. También hay un objeto muy importante en esta celebración y que se llama pelota o la pelota. Pelota tiene la misma forma y similar tamaño que nuestras Bolas Ceremoniales, aunque es más pesada y tiene la desagradable cualidad de que rebota. Quiero decir que si alguien toma a Pelota y la deja caer al suelo entonces Pelota indefectiblemente va a rebotar, aunque sea un poco, y lo peor de todo es que, cuando rebota puede ir para cualquier lado. Pelota es un objeto poco evolucionado, inestable e impredecible que, sin embargo, despierta una extraordinaria fascinación de tipo místico en muchos terranos. El objeto del fútbol es que los participantes pateen a Pelota. La patean de muchas formas: muy suavemente, un poco más fuerte y así hasta llegar a violentas patadas de fuerza terrible. Además, se la patean unos a otros. Quiero decir, un jugador patea a Pelota hacia otro participante de su mismo bando. Los del grupo contrario, mientras tanto, hacen desesperados esfuerzos por adueñarse de Pelota.

Cuando un participante de un bando consigue meter a Pelota en el arco que está a espaldas del grupo contrario, eso se llama gol y es algo que consigue una limitada pero vivaz comunión mística ente los celebrantes del mismo grupo pero, al mismo tiempo, entristece y aún enfurece a los contrarios.

Cada bando tiene un arquero, que es algo así como el Guardián o Cuidador del arco. El arquero se ubica justo en la entrada o boca del arco y es el único que tiene el privilegio de poder tocar a Pelota con las manos mientras el Ritual se está celebrando. El arquero tiene que evitar que Pelota entre en el arco que él cuida. Cuando termina el Ceremonial, se dice que el bando que consiguió hacer gol más veces es el que “ganó el partido”.

Como dije, yo era el arquero del Bosta Seniors. Cuando culminó el partido, Aristóteles Calígula Klops me dijo que yo había atajado extraordinariamente bien. Atajar significa cuidar el arco, es decir que él me quiso decir que yo fui un buen Cuidador.

El fútbol tiene una enorme cantidad de reglas de variada complejidad y cumplimiento más o menos riguroso, según pude observar. Lamentablemente, no pude aprender la mayoría de ellas.

Por ejemplo, aún hoy ignoro si matar virtualmente a un jugador del bando contrario era una infracción o no, dado que a mi consulta me contestaron que eso era algo prohibido pero que había que hacer si uno quería que el equipo ganara.

El juego tuvo para mí algunas partes penosas y otras, en cambio, muy reconfortantes. En un momento recuerdo que me lancé al suelo y capturé a Pelota cuando estaba a punto de entrar al arco. Me quede ahí, esperando que alguien me dijera que tenía que hacer a continuación y entonces un celebrante del Huevo de Plata se acercó y me dio una patada en el pecho que me dejó casi sin respiración por un largo rato. Luego supe que, mientras yo yacía en el suelo, este participante decía que su acto de agresión hacia mí fue realizado, escuchen esta explicación insólita, porque yo “hacía tiempo”. Creo que, además de atribuirme ese Poder Superior de hacer el Tiempo, el terrano habría dicho alguna otra cosa más, si no fuera porque Aklatel Fil-Vestes le arrancó la cabeza de un golpe.

En cambio, en otra ocasión me sentí más cerca de la Unicidad de lo que había estado nunca desde que desperté de mi enfermedad.

Fue cuando todos los de mi equipo, menos el Yanni, por supuesto, me abrazaron por haber atajado un penal. No sé bien que es un penal. Me pareció una suerte de rito de castigo en contra de Bosta Seniors. Consiste en poner a Pelota enfrente y a poca distancia del arco que yo cuidaba. Hecho esto un celebrante del Huevo de Plata pateaba a Pelota con toda la fuerza que puede en dirección al arco o, más precisamente, al arquero, porque la finalidad del penal es golpear fuertemente al arquero con Pelota. En ese momento, el arquero es una víctima que representa a todo el bando castigado. Para

que Pelota no me pegara en la cara, yo me cubrí con las manos. Entonces sentí el golpe y después... no sé lo que paso, pero parece que fue algo positivo porque mi bando se sintió muy feliz...excepto Aklatel Fil-Vestes, claro está.

17

Si sigo pasando el tiempo en esta miserable situación, no sé cuanto más podré soportar. Nunca, en toda mi vida, me he sentido limitado y esclavizado por mi propio cuerpo. A pesar que puedo vencer fácilmente a estos estúpidos humanos, no siento felicidad ni libertad. ¿Qué honor hay en destruir a los débiles?

“La Paz Heroica que produce el estar en el Todo
le proporciona a cada Amo la más Absoluta
Libertad”.

Solo se entienden estas cosas que aprendemos en la niñez en casos como el mío. Pero es una cruel comprensión, porque solo sirve para aumentar mi dolor y humillación.

No me queda otra salida. Tendré que rebajarme y preguntar al infame ejemplar-klops si existe en este lugar algo verdaderamente digno de un Yanni. No como el fútbol, por cierto.

Lo peor de todo esto es que, desde que perdí el Contacto, soy un ser con un solo cuerpo, una entidad absurdamente concreta, una masa de carne en movimiento, un vulgar animal que solo tiene fuerza física para sobrevivir. Parezco un terrestre. Peor, parezco un namuk.

“Namuk,
Digno engendro
De la Nada.
Yo té Amo,
Porque Matarte
Me Ennoblece.”

Siempre había creído que un Yanni era en todo diferente con un namuk.

Ahora, para mi vergüenza, lo dudo.

18

- ¿Por qué me habrá dicho que la Orgía es una práctica muy egoísta? -
- No sé – me contestó Althea – pero, ¿a vos te parece que una Orgía es un maravilloso ejemplo de confraternidad humana? -

Mientras lo decía, Althea, fruncía la nariz, los labios y vaya uno a saber qué otra cosa, para demostrar su profundo asco. Debo aclarar que mi novia es una chica pacata y puritana. Tiene que serlo, para pertenecer a Las Puras. Esta secta, exclusiva para mujeres, impone el ascetismo y la castidad de por vida para sus miembros. Por eso, con Althea solo puedo conversar.

Pero conversa muy bien.

- Y...que se yo...no me niegues que hay calor humano. - repliqué.
- Repugnante calentura, eso es lo que hay. Se revuelcan como animales y cada cual atiende a su propio goce. A nadie le importa si el otro disfruta o no. El asunto empieza y termina con el placer de cada uno. -

Mi novia, hay que reconocerlo, no estaba tan bien educada como yo.

- ¿No es siempre así? - empecé. Me estaba haciendo enojar. - ¿A quién le importa lo que le pasa al otro?
- No es verdad...
- Tenés razón- la atajé- A veces nos importa. Sin ir más lejos, el otro día vi las caras de algunas víctimas de la última epidemia de lepra C en Quebec y la verdad es que me maté de la risa...
- ¿Qué tiene que ver...?
- ¿Cómo que tiene que ver? Si me dio risa es porque me importó.
- No seas cínico.

Ahora estábamos llegando al terreno que a mí me gusta.

- ¿Qué cínico?, ¿Por qué cínico? Yo solo digo la verdad. La verdad es que somos un asco y lo demostramos todos los días y yo me divierto con eso y todos nos divertimos con eso porque es lindo revolcarse en la porquería y de tan pero tan

lindo que es casi ni parece una porquería o en todo caso es una bonita porquería.
¿O no es así?

- No. No es así.

Esta breve contestación me molestó, porque si uno se manda una parrafada como la que yo me acababa de mandar, lo menos que merece es un aplauso o una parrafada similar en respuesta. Todo esto pedía a alaridos un ataque redoblado por mi parte.

- Claro, claro. Supongo que no tengo en cuenta que dentro de poco llegará la Civilización del Amor...Amor, Amor, así bien grande, con mayúsculas, ¿no es cierto?

- Todos nacemos con capacidad de amar. - me contestó.

Era el colmo de la provocación.

- ¿Y qué podes saber vos de amor sí a los veintiocho años todavía sos virgen? - Esta frase, prácticamente, se la escupí.

Althea se puso colorada, bermellón, diría. Por un breve instante me miró con ferocidad y odio. Después se puso a llorar, pero igual se las arregló para gritarme.

- ¡YO SE QUE TE QUIERO!, ¡HIJO DE MIL PUTAS! La última parte me la repitió, entrecortadamente, por lo menos quince veces.

Yo ya lo sabía, (que ella me quería y que yo era un hijo de mil putas), así que no dije nada. Me quede mirándola, (por su religión, no puedo ni abrazarla).

A veces me siento un poco raro.

19

Dado que Aristóteles Calígula Klops estaba ocupado con un pedido que le hiciera Aklatel Fil-Vestes, decidí caminar por la ciudad sin compañía.

Buenos Aires era o es, supongo que ahora sigue igual, un lugar extremadamente ruidoso. Las calles y la mayoría de las casas están pintadas de gris, como ya dije, y hay muchos terranos y vehículos de suelo yendo de un lado para otro. Los nativos no me prestaban la menor atención. La atmósfera terrana es muy densa, con abundantes y flotantes gases que en algunos lugares dificultan en gran medida la visión. Muchos Ancianos estaban acostados o sentados en el suelo. Llevaban la cara y las manos teñidas de negro y vestían ropas irregularmente agujereadas. Estos Ancianos les hablaban a todos los terranos que pasaban a su lado, pero ellos no parecían escucharlos, porque seguían su camino sin detenerse. Cuando me acerqué a uno de ellos, me di cuenta que no estaba predicando sino que repetía sin cesar una oración que decía, creo recordar bien, “una monedita, por favor”. Luego supe que monedita tiene que ver con la forma en que los terranos intercambian sus bienes. Eso de intercambiar bienes es una cosa difícil de explicar. Un terrano, en lugar de hacerse aquello que necesita usar, hace una cosa que no necesita y se lo cambia a otro terrano quien, a su vez le entrega una cosa que él tiene o se hizo y no necesita. Si aquello que se recibe se necesita usar, entonces el terrano se lo queda. Si no es así, entonces el nativo lo vuelve a cambiar por otra cosa hasta que luego de varios o incluso muchos cambios por fin obtiene lo que necesita usar. La monedita es una cosa que solamente sirve para cambiarla por otras cosas, es decir, que los terranos usan la monedita para cambiarla por otras cosas que necesitan, porque la monedita, dicen ellos, en si no sirve para nada o, mejor dicho, solo sirve para cambiarla por algo que realmente sirva. Esto es lo que me pude informar de sus costumbres. Supongo que los Ancianos estarían orando a los dioses terranos para que estos enviaran o facilitaran monedita.

Caminando por el poblado terrano, llegue a una zona donde las calles eran más anchas, los terranos más numerosos, los gases flotantes más densos y oscuros y el griterío aun más intolerable. Tratando que no me llevaran por delante fue acometido por un numero cada vez mayor de nativos que me entregaban papeles y me hacían preguntas, mientras que la multitud de terranos era cada vez mayor. Al principio esto me desconcertó. Luego pensé que todo se debía a mi condición de Visitante, pero

enseguida me di cuenta que los papeles se entregaban y las preguntas se le hacían también a otros terranos. Cuando ya tenía como veinte papeles y no sabía qué hacer con ellos noté que el suelo estaba tapizado de esos mismos papeles. Luego observé que los terranos receptores de los papeles los iban arrojando apenas se los entregaban. Esto me hizo pensar en una suerte de ritual propiciatorio de la fertilidad, así que, para participar en el mismo, lleno de la mayor reverencia y respeto, tiré todos mis papeles al mismo tiempo. Inmediatamente tres terranos se me abalanzaron, profiriendo lo que luego supe eran terribles y prohibidos insultos. Yo no sabía que contestarles ni que postura tomar y cuando todo parecía indicar que iba a ser duramente golpeado por esos seres, apareció la policía, que son unos terranos que usan armaduras negras y brillantes y que matan a los terranos que pretenden molestar a los Visitantes. Así fue, pues, los tres terranos agresivos quedaron tendidos en el suelo, sobre los papeles que yo había tirado y con las cabezas reventadas y quemadas. Les dije a los policías que lamentaba haber interferido en un ritual y que podía ofrecer una compensación por eso. Me contestaron que no me preocupara por los terranos muertos, que no era culpa mía. Insistí en ofrecer compensación por el posible sacrilegio cometido y me volvieron a hablar de los terranos muertos, de que no me preocupara y me volvieron a asegurar que no era culpa mía. Me pareció muy sensible de su parte el pretender ignorar la violación ritual producida por mi conducta ignorante, pero todavía hoy no entiendo que tenía que ver yo con la muerte de los terranos. Finalmente, los policías se fueron, llevándose a los muertos y yo fui libre de continuar mi camino.

Andando estaba cuando un enorme cartel llamó mi atención. El cartel estaba en la parte alta de uno de esos pocos edificios llenos de colores que hay en las ciudades terranas y decía, en exactas palabras de su sencillo dialecto, “Elija su Hiperhemb y gócesela como a una perra”, y un poco más abajo, “Bienvenidas todas las tarjetas”. Más abajo aún, una flecha rojo brillante indicaba la entrada al edificio.

Me sentí curioso y esto, unido al deseo de salir del griterío de la calle me hicieron entrar al lugar.

Allí dentro, lo primero que vi fue a un terrano, probablemente macho. Tenía la cara teñida en partes de verde, de rojo y de violeta, y el pelo se conformaba de largos rizos dorados, tal vez artificiales. Llevaba el cuerpo totalmente cubierto por una tela que iba cambiando de color, primero rosa oscuro, luego azul y luego otra vez rosa oscuro y así. Noté que cubría sus manos con guantes plateados y solo sus pies estaban completamente desnudos.

Apenas me vio, el terrano me sonrió. Para hacerlo, me mostró los dientes espantosamente blancos que tienen esos seres.

Luego, contoneándose y dando pasos muy cortos y rápidos, se acercó a mí y me dijo:

- ¡Ay, ay, ay!, pero... ¿queee tenemoos?, ¡Un chuchi bombón! Vos sos un amorcito Pyapya, sí, dime que sí, tú. -
- Soy Urum. No sé si soy un amorcito Pyapya porque no sé qué significa ser un amorcito Pyapya.
- ¡Sos un amorcito amorcitisimo Pyapya!, ¡Sí, sí!, ¡Definitivamente!
- Bien, en tal caso, soy Urum, un amorcito Pyapya.
- ¡Perfecto! Así me gusta. Y ... ¿Buscas algún tipo de exótica diversión tú?
- Tal vez me interese saber que es un Hiperhemb.
- No “un” ... se dice: “una”, mi amorcito alienígena...” una”.
- Me gustaría ver una Hiperhemb, si es posible.
- Ayy...a todísimos los chicos les gustaría, chuchi chichi bambun, a todos todos. Porque una Hiperhemb es la hembra de tus sueños...claro, para los que sueñan con hembras ¿no? Es...es la hembra que siempre quisiste tener y nunca pudiste, desde aquella tierna primera sesión masturbatoria en la niñez hasta ahora...claro que tu sos un Visitante... ¿a ustedes les gustan las mujeres?
- ¿Para qué?
- Para hacer sexo, cuchí chucho bambun, ¿para qué va a ser?
- Nosotros no hacemos sexo. Tenemos Rituales de placer. Ustedes tampoco hacen sexo porque cuando nacen ya tienen el sexo hecho. ¿Por qué todos ustedes dicen tantas cosas falsas?

El terrano tardó un rato en contestar. Cuando lo hizo, su voz y su expresión habían cambiado:

- Ilustre Visitante, para nosotros será un placer el exhibirte esa fruta exquisita llamada Hiperhemb.

20

“-¿Por ejemplo?”

¡De todas las contestaciones posibles, era la peor!

Honor y Placer Dorado

Venganza Justiciera

Regalo de la Madre

Para sus Buenos Hijos

Quise matar al ejemplar-klops ni bien le escuché dar semejante respuesta. Pero necesito a ese bastardo, de manera que me contuve.

Le había preguntado si existía en la Tierra algo que fuera lo suficientemente interesante como para un Yanni.

Gloria al Fuerte

Que se humilla

Ante el débil

Pues suyo será

el Todo

Por la inabarcable

Y caliente Eternidad

No me quedó más que humillarme e insistir:

- Por ejemplo, una lucha contra alguien digno de mi poder.

-¿Ustedes no hacen otra cosa que pelear...?...quiero decir...¿No se aburre Su Excelencia de estar siempre luchando?.

No le respondí. Solo seguí mirándolo como lo hacía desde que me había comenzado a contestar en forma tan insultante.

Finalmente, la asquerosa criatura balbuceó: - Creo que sé lo que necesita. Se llama Trix.

Servilmente, procedió a explicarme.

¡Nunca hubiera pensado que los terrestres tendrían algo como el Trix!

Sí es como el ejemplar-klops lo contó, se trata de un desafío digno de mi grandeza. Tal vez sea mi oportunidad. Tal vez... si pudiera...Erina, ¡AMADA!... si solo pudiera...

21

Maldito Yanni de mierda, con toda su soberbia. Lo dejé y me fui a toda velocidad para la Oficina.

Transitar por los olorientos barrios de mi graciosa ciudad y llegar finalmente al conocido frente de la Oficina me produjo el conocido golpe emocional negativo que me estaba faltando para hacer de ese día un recuerdo imborrable que les contaré a mis nietos si estos antes no me asesinan.

Los que tenemos la inmensa dicha de trabajar allí, le decimos la Oficina al Centro de Estudios Holísticos Interdisciplinarios (sic, señores, aunque suene redundante; no es culpa mía). Aquí enseñamos e investigamos para mayor gloria del mundo y de la raza humana. Cada uno podría trabajar desde su casa, pero como nos gusta drogarnos, embriagarnos, masturbarnos y hacer cualquier cosa que no sea trabajar, entonces nos amontonaron a todos acá, para tenernos más controlados. Así que ahora nos drogábamos, emborrachábamos y masturbábamos grupalmente, pero solo en algunas ocasiones.

Una vez ahí y, ya en uno de nuestros sofisticados laboratorios, se me ocurrió hacerle una inocente preguntita al Jefe de la Sección, un antiguo y distinguido amigo mío, conocido por todos como el Viejo Gato Aplastado.

Gato Aplastado supo hacer una carrera científica impresionante en sus tiempos, cuando era amante del perro preferido del Intendente Autónomo de turno. El Intendente quería a su mascota, un bull dog gigante, y era un tipo agradecido, así que el Gato disfrutó de merecidos ascensos hasta que se murió el animalito.

Ahora, ante mi simple consulta, reaccionó como si lo hubiera insultado:

- ¡¿Qué carajo té pasa a vos, estás loco?!
- No, Gato, no, quedate tranquilo. Es simple curiosidad científica.
- ¿Y desde cuando te interesan a vos los experimentos con alucinógenos?. Que yo sepa, siempre te drogaste sin preguntar nada.
- Vamos, Gato, no es que me interese a mí. Es un Visitante, un Yanni, el que me preguntó por el Trix. Quería saber que efecto producía. Yo le expliqué, más o

menos. Después me preguntó si un Yanni se lo podía aplicar. No tengo idea, así que vine a preguntarte a vos.

- ¿Y para que quiere saber eso?
- Te vuelvo a decir, simple curiosidad.
- ¡¿No se te ocurrirá darle una dosis, verdad?!
- ¡Pero no, Gato!, ¿Cómo se te ocurre? ¿Querés que lo mate y después me maten a mí?
- Bueno, mirá, después de todo es cosa tuya. Andá a verlo al Doctor Fernes en el quinto piso. Decile que vas de mi parte. Si alguien acá dentro sabe algo de ese tema, es él.

Y hacía allí me fui, correteando alegre como un niño idiota.

Fernes era un tipo joven y corpulento, nada que ver con el Gato Aplastado. Tampoco tenía ni siquiera los pocos escrúpulos de este último.

El buen Doctor me dijo que la bioquímica de los Yannis es similar a la nuestra, cosa que yo ya suponía. Pero, continuó, que sea “similar” no significa que sea “igual”. Por lo tanto y para concluir, a un Yanni una dosis de Trix le podía hacer cualquier cosa, era imposible saberlo porque nunca se había intentado.

Me gustó la respuesta. En especial, si “cualquier cosa”, terminaba resultando en la muerte de don Aklatel. Por lo menos abría una puerta a la esperanza.

Luego de un soborno estándar, le adquirí al amigo Fernes una dosis de Trix. El Doctor no me hizo ni una pregunta. Y eso que podía haberse aprovechado de la situación para cobrarme un soborno mayor que el común.

Realmente, buen tipo, este Fernes.

22

Mi extraño guía me llevó a un recinto completamente acolchado y vacío, salvo por unos grandes almohadones.

- Ilustre Visitante, chuchi chuchi bambum, tengo que dejarte solísimo, pero no tengás temor, ni pesar, ni ninguna cosa fea que ustedes puedan tener cuando se quedan solos y no les gusta, porque acá todo está bien y tranquilo y las diez han dado y sereno y la felicidad, ja ja ja ja y todas esas cosas buenas que nosotros queremos para todos ustedes, los hermosos Visitantes lindos.... guauuu, bueno, te dejo porque me emocioné...
- ¿Qué es este lugar?
- ¡Aaayyy, chichi bimbum!, ¡Sos un preguntón! Ya vas a ver que es una cosa linda y hermosa que nosotros tenemos para compartir con todo el mundo que pueda pagar y con todos los Visitantes encantadores como vos y todos en general. Por eso, pupi pupi, no me preguntes más porque se pierde la sorpresa y la excitación y todo eso y no te vas a divertir.... y me voy y me voy...

Así me dijo y luego se fue, dando saltitos.

Me quedé parado en el centro del lugar, rodeado por una suave tonalidad rosada, verde y azul. El desconocido aroma que me envolvía resultaba sumamente agradable.

Estuve solo bastante tiempo, sin saber que hacer. De algún lugar surgían sonidos apenas audibles, pero armónicos.

Era un buen momento para preguntarme que hacía allí, en un lugar desconocido, en un planeta desconocido. Pero, ¿qué me podía contestar? Estaba ahí por indicación del Anciano. Estaba ahí para buscar vida entre los muertos. Buscar vida entre los muertos. Una frase sin sentido en una situación sin sentido. No debía mentirme. No estaba ahí por el Anciano ni por esperanza alguna. Estaba ahí porque no sabía a donde ir y que hacer.

Comenzaba a inquietarme cuando apareció la Hiperhemb.

La hembra nativa era un poco más alta que yo. Me sorprendieron sus ojos intensamente verdes y brillantes y su cabello lacio, largo y violeta. Pero más me asombró aún la redonda perfección de su cabeza y el color marrón de sus exquisitos

dientes. Esta extraordinaria hembra terrana podía pasar sin inconvenientes por una Num de deslumbrante belleza. Su cuerpo era el más armónicamente proporcionado que recordaba haber visto. Podía apreciar tal placer porque se hallaba desnuda.

Sus labios, manos, pies, rodillas, vulva, pezones y una serie de muchos otros pequeños círculos repartidos por todo el cuerpo brillaban con un resplandor plateado.

Quedé fascinado por ese estupendo equilibrio, impensable en los terranos. Esta terrana debía estar preparada para mí.

Sentí un casi olvidado escozor en todo el cuerpo. Desde mi pérdida de relación con lo Uno, todo placer me era indiferente.

La Hiperhemb sonreía y me miraba detenidamente hasta que, al fin, decidió hablarme:

- Bienvenido, Visitante, ¿Así que querías conocer a una de nosotras?

Tenía la lengua plateada. Hablaba en terrano local, por supuesto, pero su tono me resultaba extraño y ajeno. Su voz sonaba firme y segura, pero no agresiva. Al contrario, inspiraba confianza.

Asentí con un gesto.

- Ponete cómodo, Señor de otras estrellas. Sentate o acostate sí querés vos. No te sientas mal... ¿Qué tenés pensado vos que hagamos juntos nosotros?, si es que está en tus planes que hagamos algo juntos y si no, entonces que mis palabras no sean oídas.

Esa era una buena pregunta.

- No sé...- Comencé a decir. Luego me detuve, dudé un momento y entonces ocurrió algo que todavía me asombra: No pude detenerme y sin saber porque, empecé a contarle toda mi tragedia a esa desconocida.

No sé cuanto tiempo estuve hablando.

La hembra terrana no me interrumpió. Se limitó a escucharme atentamente.

- Gracias por dejarme hablar- Finalicé.

- Visitante, puedo hacer algo más que oírte. Pero para eso, necesito de tú ayuda.

23

Todo era gris a mí alrededor. Esta cosa gris se pega a mi cuerpo. Me da asco. No puedo moverme.

Tengo miedo.

Querría gritar: ¡Erinal, ¡Erinal!, pero no puedo.

Me ahogo.

La cosa gris que me rodea se va iluminando. Ahora tiemblo sin poderme controlar y caigo de rodillas.

Madre, tu Hijo sufre.

El Mal acecha en derredor.

Huelo su peste.

Oigo su grito.

Toco su piel.

Aparecen los Namuks: Uno, dos, tres, cuatro, muchos. Me miran con desprecio y odio. Su aspecto es imponente.

El Mal está ahí,

Yo lo veo.

Me odia y lo odio.

Me odia y lo temo.

Logro gritar.

- ¡No se acerquen, nno...! -

Mi voz se corta por el miedo. Le tengo miedo a los Namuks. Me tomo de las manos para tratar de controlarme.

Estoy llorando.

Vergüenza infinita

Y humillación.

Y dolor.

- Por favor...no se acerquen... –

Me sujetan entre todos y arrancan mis ropas hasta dejarme desnudo. Se ríen y me tiran cosas inmundas hasta dejarme completamente cubierto de basura.

Estoy convertido en una masa de excrementos y vómitos de namuk y ellos me empiezan a patear.

- Perdón...por favor...perdónenme...-

Me siguen golpeando.

Nadie se detiene. Intento luchar y con un alarido, me levanto y aferro a uno de ellos.

Todos se me vienen encima. Suelto al namuk y trato de lanzar golpes.

- ¡Basta!, ¡Bastaaaahhh...!

Y grito y grito y grito...

Cuando termino, veo que ahora solo hay un namuk.

Su tamaño es descomunal, como si todos aquellos con los que había estado luchando se hubieran fundido en este.

El Gigante me observa con atención. Decido enfrentarlo y le digo:

- Basta. Te pido perdón pero no voy a dejar que me mates...te ofrezco la paz...te pido la paz.-

El Monstruo me aferra con una de sus poderosas manos y con la otra, me arranca los ojos. Aúllo por el increíble dolor. Ahora tiene mis ojos en la palma de su mano y me los muestra y luego se los come y yo...sigo viendo. Luego me arranca el pelo. Mechón a mechón me saca y después se los traga.

Si debo Morir,

Así sea.
A la Madre
Me Entrego,
Sin Temor
Y en Silencio.

El Gigante me suelta y retrocede unos pasos. El dolor cesa.

Creo entender.

Extiendo mis brazos en el Saludo Ritual Yanni. El inmenso Namuk hace lo mismo y, cuando las palmas de nuestras manos se tocan, me siento mucho mejor. Ahora, además de Yanni, soy Namuk.

Estoy feliz.

Yo, Aklatel Fil-Vestes, estoy parado en medio de la Nada, lleno de inmundicia y saludando con reverencia a un Namuk por primera vez en mi vida.

Estoy en Paz.

Permanecemos saludándonos un largo tiempo.

De pronto, el Gigante me señala un pequeño punto que brilla en la gris inmensidad.

Luego, con gestos, me dice que debemos ir hacia allá.

24

Le dejé al Yanni la dosis de Trix para que haga lo que quiera con ella.

Ojalá se mate.

El Trix, queridos idiotas, es la última maravilla en drogas revientamentes. Creo que se extrae de un hongo. La gente solemne la llama “la droga del combate interior”. Yo, con inhabitual ingenio la he titulado “la droga que te hace mierda”.

Nunca la probé, ni tengo la menor intención de hacerlo. Ya decidí la manera en que voy a matarme, uno de estos días, cuando deje de caerme simpático. Sin embargo, por algunas cosas que leí, puedo decir que conozco los efectos de ese jarabe.

Por empezar, el Trix se aplica con una inyección en la sien. El resultado es instantáneo: el tipo inoculado se queda duro, rígido y con la respiración y el pulso reducidos hasta la casi inexistencia. El infeliz parece un muerto veterano. Pero a nivel psíquico, como decimos nosotros, la actividad es intensa. El pobre endurecido se enfrenta con toda la mierda que alberga en su podrido interior. Todo lo negativo, repugnante, vergonzoso, toda la basura propia, se le viene encima y trata de acabar con él. Según los que dicen que saben, no hay que pelear solo con la porquería propia sino con la mugre de toda la especie.

La idea es que hay que batallar contra todo eso si se quiere vivir. Lo común es la muerte. Físicamente, no es una muerte muy espectacular o divertida. Sencillamente se produce un paro cardiorrespiratorio, entre los diez y quince minutos de haberse inyectado. Pero, según los pocos que se salvaron, en el ámbito psíquico los tormentos son muy variados, tremebundos y muy pero muy reales. El tiempo que pasan en ese infierno no tiene nada que ver con los pocos minutos que dura el efecto de la droga. Los sobrevivientes cuentan que, para ellos, estuvieron durante horas o días metidos en las peores torturas que se podían haber imaginado, y eso que esos tipos eran gente muy fecunda a la hora de imaginar esas cosas. Uno de ellos había descuartizado a todas sus esposas y esposos y luego había usado algunos de los pedazos conyugales como elementos de decoración de su nueva residencia. Tiempo después, algo culposo por su travesura, se dio con el hongo. Cuando salió de la droga, se cortó las pelotas con una tijera y se fue a vivir a una comunidad de eunucos en un monasterio que queda detrás de la ciénaga de Adroque. Ahora es un hombre feliz, o algo así.

De acuerdo a nuestros genios, el Trix te sumerge de cabeza y de un tirón en el inconsciente colectivo de la psique. No sé si entienden lo que quiero decir. Yo no.

Este fabuloso producto de la inventiva humana se usa para dos cosas: Casos psicopáticos límite y Suicidio Heroico.

Aquí tenemos una concepción muy elevada sobre el derecho a morir. Se llegó a esta idea por el camino de aceptar que la vida no vale nada. Así que, si un tipo está muy pero muy loco y no se lo puede manejar de ninguna manera barata y jode a los demás, por añadidura, entonces le damos un toque de Trix. Si, cosa rara, se salva, sale curado, o por lo menos, en condiciones de no molestar más y arreglárselas solo. Si revienta, mucho mejor.

El Suicidio Heroico es la otra variante. Es para aquellas personas normales que no quieren acabar en forma tranquila sus podridas vidas y prefieren un final a toda orquesta, no sé si captan el arcaísmo. Si el desgraciado se salva, como el caso del que se cortó las bolas, la verdad es que es para matarlo, porque no sirve ni para reventarse.

Demás está decir que es absolutamente prohibido darle Trix a un Visitante, por miedo a posibles represalias. Lo mío, por lo tanto, es ciertamente ilegal, irresponsable y, debo agregar, notablemente pelotudo porque, cuando se enteren, probablemente me metan en un horno y me preparen a fuego lento, con papas, sino es que, directamente, se hacen un favor y me entregan a los Yannis para que hagan una fiesta con mis células.

Y bueno, que se le va hacer con un carácter terco como el mío. A veces me cansa un poco que un bicho de otro planeta me trate como un montón de excremento equino. En mi humilde e indocumentada opinión, cuando los Yannis u otras mierdas se aburran de “visitarnos”, nos van a hacer crema, hagamos lo que hagamos para tenerlos contentos. No sé porque, pero en ese tema me muestro un tanto pesimista.

Es curioso, no nos importa un carajo matarnos entre nosotros. Mejor dicho, sí que nos importa. Es más, nos encanta matarnos. Yo disfruto con eso y se me considera un tipo normal y hasta un poco pacato. Pero tenemos un cagazo inmenso de que nos vengán a matar desde afuera, cosa de arruinarnos la diversión.

Estas últimas reflexiones me hicieron acordar de Althea. Tenía que verla y tratar de arreglar las cosas entre nosotros. La última vez terminó echándome.

No me gusta admitirlo, pero es la única persona que aún me interesa. Si no hablo con ella cada tanto, me empiezo a sentir mal y no hay nada que me componga, ni Lucha, ni Orgía, ni droga, ni nada.

Odio la adicción que ella me provoca.

25

Estaba acostado en el piso acolchado de la habitación, atravesado por latigazos de placer.

La hembra nativa se había ubicado sobre mi estomago, con las rodillas apoyadas a ambos lados de mi cuerpo desnudo.

La Hiperhemb me acariciaba el pecho con lentitud y suavidad extremada, casi sin tocarme.

La sustancia plateada que tenía pintada en el cuerpo era, me dijo, un Realzador. Servía para aumentar la sensibilidad de todo aquello que la hembra tocara, siempre que la cosa tocada se tratase de un ser humano o “compatible” con los humanos, como era mi caso. Cuando ella pasaba sus manos por mi cuerpo, el contacto se vivía en una forma extraordinariamente amplificada. Sus caricias se introducían hasta lo más profundo de mí y me recorrían y me llevaban de un placer a otro placer y de un símbolo a otro símbolo.

Yo nadaba en aguas tibias y profundas bajo un sol verde y blanco que me calentaba sin dañarme.

Las manos seguían subiendo, bajando y trazando círculos.

La hembra me miraba a los ojos, fijamente.

Tenía la boca entreabierta y su lengua se deslizaba rítmicamente por los labios.

Tiempo después, se tendió a mi izquierda y apretó su cuerpo contra el mío, desde los hombros hasta la punta de los pies.

Ráfagas de punzante goce me cruzaron de izquierda a derecha y volvieron al origen y volvieron a cruzarme no sé cuantas veces.

Yo nadaba en aguas rojas, calientes y embravecidas, bajo un sol azul que me quemaba y me besaba.

Mi cuerpo seguía inmóvil.

Luego, la Hiperhemb se levantó, fue a mis pies y comenzó a tocarlos alternativamente con los labios. Me besaba los dedos, las plantas y los tobillos en un orden inmutable.

Yo sentía que una oleada de tibieza se disparaba desde mis piernas y subía lentamente hasta golpearme dentro de la cabeza. Golpeaba, se retiraba y, cuando estaba bajando, chocaba con una nueva oleada y volvía a subir y a golpear. Eran potentes impactos de placer y dolor.

Yo nadaba en aguas azules y frías bajo los rayos helados que vagaban por la noche.

También aparecieron las imágenes.

Eran imágenes brillantes y explotaban dentro de mí y se disolvían y volvían a nacer y volvían a morir, siempre distintas y siempre brillantes. Eran Formas grandes y Formas pequeñas. Formas que me llenaban de regocijo y Formas que me estremecían. Se movían y cambiaban demasiado rápido como para retenerlas en mi memoria.

No sé cuanto tiempo pasó hasta que Ella empezó a subir.

Primero, su plateada lengua se deslizó por la parte interna de mi pierna izquierda e inició el recorrido ascendente. Subiendo, rodeó con delicadeza mi pene y siguió hacia arriba.

Para entonces, ya no me inundaban las oleadas de goce, sino que el placer se irradiaba desde el lugar en que Ella posaba esa fantástica lengua y desde allí viajaba a todas las direcciones de mi ser.

Yo nadaba en aguas oscuras, bajo un sol dorado.

Cuando los ojos de la Hiperhemb finalmente se encontraron con los míos, deje de sentir el peso de mi cuerpo.

Cuando Ella me besó en la boca, me hundí en el brillante verde de sus ojos inmensamente abiertos.

Pude sentir Su olor, pero no soy capaz de describirlo.

No sé cómo, pero pude ver Su Cuerpo arqueado sobre mí, preparado para recibirme.

Cuando me introduje en Ella, perdí todo control.

Era espectador y protagonista.

Flotábamos en un espacio blanco y blando, abrazados, penetrados y vibrando.

Eramos inmensos y muy pequeños.

Estabamos por encima y por debajo de nuestra existencia.

Ella era LA HEMBRA y yo EL MACHO.

Fluíamos a un mismo nivel en busca de la Matriz arquetípica y, no sé cuando, dejamos de ser DOS y nos convertimos en UNO.

26

Mientras caminamos, el limbo gris va cambiando de color. Ahora es una vasta extensión rosada. No sé en que apoyan nuestros pies. Todo es igual, adelante, atrás, a los costados, arriba y abajo.

No tengo tiempo para pensar. A lo lejos alcanzo a ver a alguien.

Una mujer. Ahora veo sus cabellos dorados.

¿Erina?

Es ella.

Imponente y maravillosa, como siempre. La más hermosa criatura Yanni.

Necesito Tu Piel.

Necesito Tus Besos.

Necesito Tu Gloria.

Ansío Tu Ser.

Venero Tus Huellas,

Y Tu Aliento,

Y Tu Mirada,

Y Tu Pasión.

Desde que perdí el Contacto, no quise verla. Ella se hubiera dado cuenta inmediatamente de mi humillante situación y yo no creía poder soportar esa vergüenza.

Pero ahora, a poca distancia, Erina no me reconoce. En cambio, le hace señas al Namuk, quien se lanza hacia ella, corriendo y aullando como una bestia.

No puedo moverme. Algo me sujeta piernas y brazos. Solo puedo mirar, impotente, como el Gigante llega hasta mi Mujer. Cuando creo que va a matarla, el Namuk se arrodilla ante Ella y agacha la cabeza en señal de sumisión.

Mi Amada está en calma. Cuando posa sus purísimas manos sobre la cabeza del Gigante, este empieza a disolverse en la rosácea claridad que nos rodea.

Ya no quedan rastros de Él.

Erina, al fin, repara en mí. Parece feliz de verme.

- Ven Amor, abrázame.

Su Adorada Voz
Escucho,
Y Mi Pecho
Se Enciende,
Con Furioso Ardor,
Después de Mucho Tiempo.

Me acerco a Ella haciendo formidable esfuerzo para vencer a Aquello que insiste en detenerme. Erina permanece inmóvil. Sigo luchando contra mi invisible Rival. Cuando logramos abrazarnos, la Fuerza Enemiga desaparece.

Me siento inmensamente pleno.

Grito mí Jubilo
Al Universo.
Proclamo mi Total
Triunfo
Y mi Absoluto
Amor.

Erina cada vez me aprieta más en su abrazo. ¡Tiene una fuerza tremenda!...me está aplastando...trato de apartar mi cara de la suya...trato de hablar...¡No puedo creer en lo que veo!

La cara de Mi Mujer está contraída en una horrenda expresión de odio. Parece una máscara surcada por cientos de arrugas. Una máscara de ojos intensamente rojos, de abierta y babeante boca y de dientes brillantes y filosos.

Me está matando.

El dolor es total. Solo puedo gritar.

A nuestro alrededor todo empieza a tornarse rojo...el calor...Erina y yo estamos quemándonos... ¡Estamos ardiendo!.

La veo y me veo, en medio del peor dolor que haya sentido jamás, convertidos en antorchas...

27

Se fue.

La vieja reventada que administra el edificio me dijo que Althea se fue. Me lo dijo y se me rio en la cara con absoluto placer y mal aliento. La vieja me desprecia y yo la desprecio todavía más. Y ahora Althea se fue y por eso no nos vamos a ver nunca más esa vieja y yo y nos privaremos de profesarnos mutuo desprecio y reciproco odio. Toda esa pérdida de diversión solo porque Althea se fue.

¿Y adonde se fue?

Al Convento.

Al Convento de las Puras, la puta madre que me parió.

Justamente, eso es lo que me escribió Althea en el papelito que me dejó: “Andate a la puta madre que te parió”, lo cual está muy mal porque Mamá era buena y además, no me parió sino que me encargó, aunque después se arrepintió. Me acuerdo que siempre me lo decía mi pobre madre, antes de darme el beso de las buenas noches e irse con papá a alguna Orgía.

En fin, con mi novia había tenido algún que otro problemita en el pasado, pero ella nunca tuvo antes la ocurrencia de irse de su casa para vivir en el Convento.

Está vez, lo primero que pensé es que ojalá se fuera a la mierda esa lesbiana reprimida.

Lo segundo que pensé es que tenía que verla.

No es muy normal, lo admito, pero en ese momento me di cuenta que Althea es la única razón por la que todavía no me había matado.

Ahhh... ¡Como odio a esa perra!. La primera cosa que voy a hacer cuando la encuentre es cojerla. Después vamos a vivir juntos. Debo odiarla mucho para querer eso. Pero voy a hacerlo porque cuando a mí se me mete algo en la cabeza o en el culo, es muy difícil sacármelo.

Ahora bien, hay un problema.

Según sé, está prohibido de completa prohibición que un hombre, o cualquier cosa que no sea una mujer, entre al Convento.

Cosas como esta no pueden detener a un ser de mi talento e ingenio. Todo es cuestión de pensar un instante para encontrar la solución.

Sin embargo, pensar no es mi fuerte en estos momentos, así que mejor voy para allá, a ver que hago.

28

“La Unicidad se alcanza de mil maneras”.

No hay lenguaje que explique qué es Lo Uno o que se siente participando en Lo Uno.

Allí todo es claro y confuso.

Allí veo, oigo, huelo, toco, gusto e intuyo a mi cuerpo y a todos los cuerpos y a todo lo que existe.

No hay presente, ni pasado ni futuro porque todo es presente, pasado y futuro.

Sé todo y puedo todo.

Estoy en mi cuerpo de antes de la enfermedad.

Estoy en mi cuerpo durante la enfermedad.

Soy un Anciano dando sabiduría a sus discípulos.

Soy una Num de impar belleza.

Soy un terrano.

Soy el Arbol Sagrado del Templo y Soy el Templo y Soy los que están dentro y los que están fuera del Templo.

Soy la Hiperhemb.

Soy la Piedra.

Soy el Agua.

Soy el Conocimiento Absoluto.

Soy la Gran Paradoja de la Vacía Plenitud.

Y no soy nada de eso.

Y soy mucho más que eso.

Soy un color.

Soy la Pequeñez, la Fuerza, el Universo y el Mal.

Soy un sabor.

Soy la Justicia, la Incógnita, La Madre, El círculo, La Muerte, El Hijo, Lo inmundo, El Orden, La Vida, El Fin, El Caos, El Bien, Lo Perverso, Lo sano, Lo Otro y siempre, siempre, Soy –Yo- Sin –Serlo.

Es imposible describir lo indescriptible. Hoy he vuelto a intentarlo...y a fracasar.

29

No siento más dolor.

No siento nada.

El cuerpo de Erina y el mío se están haciendo pedazos.

El fuego nos destruye y trozos de nuestra carne ardiente se desprenden y caen y se derriten y se hacen un líquido incandescente que termina por abarcarlo todo.

Me ahogo en mi propio cuerpo.

Me trago a mi mismo y a Erina.

Siento la Hermandad, tengo el Contacto.

¡Soy parte del Todo!

He vuelto, por fin, a estar con todos en el Todo.

La Paz de los Santos Héroes es mi Paz...

...pero...aún hay más..... ahora...pasado-presente-futuro-ámbito-espacio-tiempo-alto-bajo-

todo-nada-superior-inferior-erina-katell-hermanos-amantes-enemigos-contacto-yannin-amukodi
o-placer-amor-succión-obleorascólimpio...

30

Sectatown sería un lugar interesante de describir si yo tuviera tiempo como para detenerme en semejante pavada.

Es la parte de Buenos Aires donde tienen su sede la mayoría de los cultos tarados que existen en esta época y de ahí su nombre. No es un nombre muy original, pero últimamente los argentinos no estamos para originalidades.

Por las calles de Sectatown hay de todo un poco, como en todos lados, pero en una variante mística.

Por ejemplo, casi piso a un desgraciado que estaba arrastrándose hacía un “Templo” de aspecto estrambótico. Otros bailaban sin música en medio de la calle, como en trance. Otro hacía malabarismos con cinco cuchillos mientras recitaba el Corán. Cada vez que fallaba y se clavaba un cuchillo, le ofrendaba la herida a Ala. Sus compañeros lo aplaudían, muy contentos. Más allá, un viejo tocaba, según él, “la versión para violín de la Biblia Gaucha”. En la mitad de la cuadra, algunos fieles del “Ejercito Sin Salvación” hacían una colecta de droga y electrofetiches sexuales para la gente pobre, o sea, ellos. Otro creyente estaba cagando en una esquina, supongo que también en trance. Se trataba de la cosa espiritual menos espiritual que había visto en mi vida. El tipo cagaba y rezaba a los gritos. Sin embargo, como soy una persona de mentalidad amplia y respetuosa de todos los credos, no me reí ni me burlé de él, ni, mucho menos, intenté que desistiera de lo que estaba haciendo. Simplemente, me limité a escupirle en la cara. El muchachote tenía los ojos cerrados, pero en su rostro se reflejó una encantadora expresión de gozosa santidad. Me imaginé que si lo meaba me iba a considerar la encarnación de Dios, así que me fui porque no tengo inclinaciones mesiánicas.

El Convento de las Puras era un edificio cuadrado, sin ventanas y completamente pintado de blanco, tal como conviene al nombre de la secta. La única entrada es una pequeña puerta, también blanca.

“Tengo que ser civilizado”, pensé, “después de todo, soy un docente de Educación Cívica y Comportamiento Urbano”.

Entonces empecé a patear la puerta.

- ¡Abran, perras hijas de puta!... ¡Abran carajo!

Abrieron.

¿Vieron alguna vez una bestia de casi dos metros, físico de gorila y aspecto vagamente femenino?

Yo acababa de tener esa experiencia.

Nunca había entendido lo que decían algunos, cuando hablaban de “la bestia rubia”.

Este animal, al que solo por generosidad se lo puede clasificar como una mujer, era, efectivamente, una rubia enorme. Parecía dos veces más ancha que yo y me miraba con un asco solo disimulado por el odio, la furia y, parece mentira, cierta dosis de ironía.

Ni se molestó en hablar. Simplemente me aplicó un mazazo con su puño derecho, precisamente en el lado izquierdo de mi lindo y delicado rostro. Ante esa actitud, la única reacción decente, sana, natural y lógica de mí parte fue desmayarme.

Mi despertar se trató de algo doloroso y complicado, debo decir.

Veía luces turbias o veía turbiamente luces, no sé si se entiende. Me dolía todo y estaba mareado pero, en un primer momento, ni me daba cuenta de que me dolía todo o que estaba mareado. Solo lo sentía.

Cuando, después de no sé cuánto tiempo, al fin se aclaró mi vista y mi deteriorado cerebro dejó de dar vueltas carnero, la primera cosa que vi fue la cara de Althea. Me miraba con expresión angustiada, pero se mordía los labios, tratando de adoptar un semblante severo.

La única cosa que se me ocurrió, fue decirle con voz pastosa:

- Te quiero mucho. – Y me quedé mirándola como un bobo.

31

- Te agradezco por lo que me hiciste sentir.- Le dije a la Hiperhemb.

La terrana se llamaba Lelia. Habíamos vuelto a nosotros lentamente, desde la Matriz Arquetípica. Yo estaba feliz, porque seguía Unido.

Unido.

Era uno con lo Uno, otra vez. Sentía la vida a través de mi ser. Era feliz como el Niño-Anciano Primordial.

¿Soledad?, ¿Cuándo estuve solo? Nunca, pero no me había dado cuenta.

Lelia me explicó que las Hiperhembs son las mejores prostitutas de la Tierra. No sé que es una prostituta, en realidad. Tiene que ver con intercambiar placer por monedita.

Son muchas las terranas prostitutas, pero son muy pocas las que alcanzan la habilidad suficiente como para ser admitidas como Hiperhembs.

Sin embargo, aún una Hiperhemb solo en pocos casos consigue que un terrano ingrese a la Matriz Arquetípica y, cuando lo logra, se trata de una Unión que dura poco tiempo. No hay lazos permanentes con lo Uno entre los terranos. No parece que los terranos tengan lazos permanentes con nada.

- Te voy a contar una cosa que no se la decimos a casi nadie. – Me dijo Lelia. – El hombre que creó la primera casa de Hiperhembs, allá en Estados Unidos, - Y como mi rostro reflejaba ignorancia, agregó – Estados Unidos es un lugar como Argentina, pero más importante. Bueno, como te decía, el hombre que creó la primera casa de Hiperhembs solía decir una frase que a todas nosotras nos hacen aprender de memoria. Dice así: “Las Hiperhembs son lo más parecido a la prostitución sagrada que puede existir en este mundo decadente y profano”. La verdad, no sé bien que quería decir. Parece que era un viejo medio loco.

Yo tampoco sé muy bien lo que quería decir.

32

...cerrarabrirampliobajojuntosololuzoscurafríocaliente-Él-Ella-Yo-Yanni-Namuk-futuro-presente-pasado...ahora...¡Ahora!

¿Qué pasó?...

...¡El Trix!

Tengo el cuerpo algo entumecido pero, por lo demás, me siento perfectamente bien...

Recuperé el Contacto.

Aquí están Mis Hermanos,

No Hay Distancia.

Y Aquí está Erina.

Amada,

Ya puedo contarte.

No tengo por que

Huir

De Tu Llamada.

No Más

Soledad,

No Más

Vergüenza.

Ya no Deseo

Mi Muerte.

¡Ya no hay peligro de convertirme en “El Pobre Yanni!...

.... ¿O sí?...

33

¡Problemas, siempre problemas!

El Pyapya había desaparecido.

Si en la Oficina se llegaban a enterar que dejé salir solo a un Visitante seguro que me rompían el culo con un taladro-laser.

Vamos por partes. Primero tenía que ver como había quedado el Niño Bonito después de darse con el Trix. Si se había muerto, entonces no iba a tener que preocuparme por la suerte de mi trasero, porque los muchachos simplemente me pasarían por la picadora de carne.

Llegué al Complejo Residencial para Visitantes Extraterrestres, (conocido popularmente como el Albergue transitorio, vaya uno a saber porque); y me dirigí raudamente a las habitaciones del Yanni.

Debo confesarles, mis queridos admiradores, que esperaba lo peor, (o lo mejor, según se mire). Sin embargo, ahí estaba el desgraciado, cómodamente sentado y... sonriendo.

Lo primero que me dijo al verme fue:

- Lo estaba esperando.

Lo primero que pensé al oír eso fue:

“¿Cuánto tardará un Yanni en desmembrar a un humano?”. Para colmo, me habían sacado el cuchillo en el Convento y no me acordé de reclamarlo. Así que solo se me ocurrió tartamudear:

- ¿Có...có...cómo...le...le...fue?... esteee...Excelencia.

- Basta de tonterías...gracias por el Trix.

¿Escucharon? Había dicho “gracias”. ¡Un Niño Bonito había dicho “gracias”!

Pero la cosa continuó. El Yanni me siguió diciendo:

- Debido a su ayuda, conseguí mucho más de lo que vine a buscar y por eso se lo agradezco.

Acto seguido, se levantó y me palmeó la cabeza.

- ¿Así se saludan aquí, verdad? Vi que usted se lo hacía al Num. Ahora, déjeme solo porque tengo mucho en que pensar.
- Sí...señor...sí...señor.

Salí tambaleando y repitiendo esas dos palabras como un imbécil, con la boca babeante y los ojos estrábicos.

No sé si compartirán mi punto de vista, pero creo que, al final, el Yanni me estaba cargando.

Recién un buen rato después, cuando me hallaba medianamente repuesto, me acordé del Pyapya y salí a la carrera.

Una vez en la calle, se me ocurrió preguntarme: “¿Para donde corro?” y en eso estaba, cuando lo vi llegar al extraterrestre, por no llamarlo de otra manera. Si puede decirse que un Pyapya macho es un hombre, entonces este parecía el hombre más feliz del mundo. El Num estaba como que flotaba en un mar calmo de aguas perfumadas. Acudí a mi mente un pensamiento: “Este también se drogó”.

El bicho espacial me dedicó una encantadora sonrisa llena de dientes marrones y me saludó con estas tontas, bobas y pavas palabras:

- Hola, Aristóteles Calígula Klops. Acabo de conocer una de las instituciones más fascinantes de este hermoso planeta.

A lo que no pude menos que contestarle:

- ¿Qué carajo decís, Pyapya?
- Me refiero, Aristóteles Calígula Klops, a vuestro actual equivalente de la prostitución sagrada. Eso solo, justifica un viaje a este mundo.
- ¿Adónde fuiste?
- Ya lo dije, Aristóteles Calígula Klops, a conocer vuestro actual equivalente de la prostitución sagrada. Ahora, discúlpeme, por favor, pero debo dejarlo para prepararme para la partida.

Y me dejo, nomás.

Parece que la cosa venía de cargada. No sabía si reírme o llorar.

Definitivamente, era uno de esos días en que a uno todo el mundo lo toma de boludo.

34

De manera que el Anciano tenía razón.

Para poder resucitar, tuve que ir a un mundo lleno de seres separados de lo Uno. Un mundo lleno de muertos.

Según supe, los terranos consideran que las relaciones de placer sexual son la cosa menos espiritual y religiosa que existe. Piensan que es algo así como un vicio, un defecto, una imperfección o un mal que, sin embargo, la mayoría de ellos no quiere eliminar porque le gusta mucho. El terrano no suele tener conciencia de sus muchas contradicciones.

Ustedes siempre me han visto así, como un Anciano. Esto que les acabo de contar, me pasó hace mucho tiempo.

Nunca más volví a la Tierra y nunca más supe de Aristóteles Calígula Klops, Lelia o Aklatel Fil-Vestes. A veces los extraño y me pregunto que habrá sido de ellos. Los terranos son muy efímeros, por lo que supongo que Aristóteles Calígula Klops y Lelia se habrán extinguido hace tiempo.

A cada nuevo grupo de discípulos que requieren de mi enseñanza les suelo narrar esta historia.

Aquí yo me sentía muy solo, porque estaba rodeado de una multitud acompañada y ligada a la Matriz Arquetípica. En la Tierra todos están solos y creen que no les importa...

... Ahora es tarde y estoy algo cansado. Así que esta lección termina precisamente aquí.

35

...Nunca había sentido tanto dolor, tanto asco y tanto miedo.

Un Yanni no puede, no debe, sentir eso.

Hasta ahora.

Para volver al Todo tuve que verme como jamás me había visto antes.

Y comprendí.

Yannis y Namuks,

Namuks y Yannis,

Somos Parte

De Una Misma Cosa.

El Todo

Es Yanni

Y es Namuk

Solo somos

La Mitad

Que se Busca

Y que se Encuentra

En el Otro.

Yannis y Namuks

Somos Más que Hermanos.

No sé que hacer con este nuevo Saber.

Tengo que volver al hogar.

Tengo que contar este Saber.

Cuando lo haga,

Algo,

No sé qué,

Va a suceder.

36

Una vez que me despedí de los dos Visitantes en el Puerto Galáctico, podría decir que me sentía bastante satisfecho de mí mismo. No se me había muerto o lesionado ninguno y tampoco existía alguna otra queja en mi contra.

Al contrario, los dos muchachetes se fueron muy contentos y felices por el paseito. Francamente, no sé qué pudo gustarles de este lugar.

Siempre me va a parecer raro que a mí, este planeta me resulte una piojera; opinión compartida por la inmensa mayoría de mis congéneres; y que, en cambio, les caiga bien a los que vienen de afuera.

Bueno, después de todo, ¿qué me importa? En ese momento mi mente estaba ocupada con otros asuntos. No tendría que contárselos, porque un caballero debe ser discreto con esas cosas, pero, ¿cuándo fui un caballero, yo? Más aún, ¿Qué es un caballero? Acá jamás vimos alguno.

Así que se los voy a decir y no voy a usar expresiones poéticas o delicadas porque jamás fui, ni soy, ni seré, un tipo poético o delicado. Por lo tanto, señores, agárrense de los calzoncillos o de las bombachitas, que aquí viene:

¡Me cogí a Althea a lo bestia!

¡Y estuvo muy bien!

Por supuesto, este incidente terminó con la carrera de ella en la Secta, pero no pareció afectarle. Bah, la verdad es que está muy contenta de haber mandado al carajo a todas esas locas. Me dijo, textualmente: “Estoy encantada de vivir junto a un hijo de puta como vos”.

Lo que es el lenguaje amoroso...

Ya que estamos, les cuento que con Althea vamos a hacer una cosa llamada contraer matrimonio. No sé si saben de qué hablo. Se trata de un rito que solo practica el cero coma cinco por ciento de la población mundial, según me dijo uno que sabe. Bueno, lo sé porque, para algo soy docente.

Este rito consiste en que un solo hombre y una sola mujer se juran mutua fidelidad y ayuda y prometen vivir juntos noche y día. La idea es que todo eso sea para siempre.

Reconozco que no tiene demasiado sentido pero, después de la trompada que me dio la bestia rubia, me he dado cuenta de que, en el fondo, soy un incurable romántico.
